

S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO, COMENTARIOS SOBRE EL PROFETA MALAQUÍAS A MINERVIO Y ALEJANDRO, LIBRO UNO. (C)

Prólogo.

939-940 Queremos interpretar al último de los doce profetas, Malaquías, cuyo nombre los Setenta tradujeron como "Ángel suyo", diciendo: "Asunción de la palabra del Señor sobre Israel en mano de su Ángel", por lo cual en hebreo se lee MALACHI (), que más correctamente y expresivamente se dice "Ángel", es decir, "mi mensajero". No debe pensarse, según la opinión de algunos (origenistas), que un ángel vino del cielo y asumió un cuerpo humano para hablar a Israel lo que el Señor le había mandado. Si los nombres deben interpretarse, y de los nombres no debe tejerse una inteligencia espiritual, sino el orden de la historia: entonces también Oseas, que se dice "salvador", y Joel, que se interpreta "Señor Dios" o "comenzando", y los demás profetas no serían hombres, sino ángeles, o el Señor y Salvador, porque eso resuena en sus nombres. Finalmente, excepto los Setenta, otros intérpretes tradujeron el nombre MALACHI tal como se lee en hebreo. Los hebreos consideran a Malaquías como el sacerdote Esdras, porque todo lo que se contiene en su libro, también lo menciona este profeta, diciendo: "Los labios del sacerdote guardarán la ciencia, y de su boca buscarán la Ley, porque es el ángel del Señor de los ejércitos" (Mal. II, 7). El tiempo y el título también coinciden: lo que dijimos en los Salmos que no tienen títulos, deben creerse de aquellos cuyos salmos anteriores están prenotados con nombres. Por lo tanto, también Malaquías, es decir, Esdras, debe creerse que fue después de Ageo y Zacarías, quienes profetizaron bajo Darío. Y por eso no tiene título, porque su libro es su título: en el cual aprendemos que en el reino de Artajerjes, rey de Persia, Esdras, hijo de Seraías, y de los demás, hasta el lugar donde se dice: "Hijo de Finees, hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón"; desde el principio subió de Babilonia, y el rey le concedió, según la mano del Señor su Dios, toda su petición: y subieron con él de los hijos de Israel, y de los hijos de los sacerdotes, y de los hijos de los levitas, y de los cantores, y de los porteros, y de los natineos a Jerusalén, en el séptimo año del rey Artajerjes, y llegaron a Jerusalén en el quinto mes: este es el séptimo año del rey, porque en el primer día del primer mes comenzó a subir de Babilonia, y en el primero del quinto mes llegó a Jerusalén. Esto, mi Minervio y Alejandro, no tanto por sangre, como por religión concordas, para no dejar la obra emprendida de los profetas, y sudar con un trabajo extraordinario para ustedes, he hablado brevemente en el prólogo: para que, proponiendo las palabras de Malaquías, primero según la verdad hebrea, luego según los Setenta intérpretes, apoyado por la ayuda de sus oraciones, explique lo que sigue. Orígenes escribió tres volúmenes sobre este libro; pero no tocó en absoluto la historia, y a su manera se dedicó totalmente a la interpretación alegórica, sin hacer mención alguna de Esdras; sino pensando que fue un ángel quien escribió, según lo que leemos de Juan: "He aquí, envío mi ángel delante de tu faz" (Mat. XI, 10). Lo cual no aceptamos en absoluto, para no vernos obligados a aceptar la caída de las almas del cielo. No sé haber leído otros comentarios sobre este profeta, excepto un breve librito de Apolinar, cuya interpretación más bien deben llamarse puntos de interpretación.

COMIENZA EL LIBRO.

(Cap. I---Vers. 1.) Carga de la palabra del Señor a Israel, en mano de Malaquías. LXX: Asunción de la palabra del Señor sobre Israel, en mano de su ángel. Qué significa carga, es decir, peso, que en hebreo es MASSA (), y que Aquila traduce como ἄρμα, o qué λῆμμα, es decir, asunción, que tanto los Setenta como otros intérpretes tradujeron, lo hemos dicho en otros profetas. Pues también Nahum escribe: "Carga de Nínive: libro de la Visión de Nahum el Elcosita" (Nah. II). Y Habacuc: "Carga que vio el profeta Habacuc" (Hab. I). Y Zacarías:

"Carga de la palabra del Señor en la tierra de Hadrac, y de Damasco su descanso" (Zac. IX y XII). Y de nuevo en lo que sigue: "Carga de la palabra del Señor sobre Israel". Así que estemos contentos con esa explicación: y ahora digamos solo esto, que el peso de la palabra del Señor a Israel, o, como dicen los LXX, sobre Israel, es ciertamente grave, porque se llama peso, pero tiene algo de consolación, porque no se toma contra Israel, sino para Israel. Pues es diferente cuando, por ejemplo, escribimos a este o aquel, y diferente cuando contra este o aquel: porque en uno hay parte de amistad, en el otro una confesión abierta de enemidad. Y debe saberse que, llevado Israel al cautiverio, es decir, las diez tribus, las dos tribus de Judá y Benjamín se llaman indistintamente Israel con el nombre anterior. Lo que se dice: "En mano de su ángel", o "Malaquías", tomen mano por obras. Por eso también en mano de Ageo, y en mano de Jeremías, y en mano de Moisés fue hecha la palabra de Dios. En cuyas manos hay iniquidad, y cuya derecha está llena de regalos, y cuyas manos están llenas de sangre, en estos no se hace la palabra de Dios; sino que quienes lavan sus manos entre los inocentes (Sal. XXV). Con estas aguas también Pilato intentó lavar sus manos, para no consentir las blasfemias de los judíos (Mat. XXVII), de las cuales el salmista se alegra, diciendo: "Sobre aguas de reposo me condujo" (Sal. XXII, 2). De esta agua el Señor promete por el profeta: "Rociaré sobre ustedes agua purísima" (Eze. XXXVI). Pero quien es pecador, se embriaga con la copa babilónica, y se dice de él: "Espinas nacen en la mano del borracho" (Prov. XXVI, 9).

LXX: Pongan sobre sus corazones. Esto no se encuentra en hebreo, pero creo que se añadió de Ageo, en el cual leemos: "Y ahora pongan sobre sus corazones desde este día y en adelante" (Ageo II, 16). Después del título del profeta o prólogo, debe tomarse de dos maneras: Pongan sobre sus corazones, es decir, adviertan y consideren, lo que se ha dicho antes: "Asunción de la palabra del Señor sobre Israel en mano de su Ángel". O adviertan diligentemente, lo que se dirá después, para que no lo conozcan con los oídos del cuerpo, sino con la inteligencia del alma y del corazón, y hagan para ustedes tesoros, en los cuales reciban las riquezas de las palabras de Dios: y la sabiduría actúe con confianza, cuando se hayan ensanchado, y con el corazón lleno de las palabras de Dios, expulsen los malos pensamientos, que salen del corazón, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos (Mat. XV), y demás, y cumplan lo que el Salvador dijo: "El que tiene oídos para oír, que oiga" (Luc. VIII, 8).

Los amé, dice el Señor. Y dijeron, ¿en qué nos amaste? ¿No era hermano Esaú de Jacob, dice el Señor: y amé a Jacob, pero a Esaú aborrecí? Y puse sus montes en desolación, y su heredad en dragones del desierto. Que si Edom dijere, estamos destruidos, pero volviendo edificaremos lo que fue destruido: así dice el Señor de los ejércitos. Ellos edificarán, y yo destruiré: y serán llamados límites de impiedad, y pueblo contra el cual el Señor está airado para siempre. Y sus ojos verán, y dirán: Sea engrandecido el Señor sobre el límite de Israel. LXX: Los amé, dice el Señor: y dijeron, ¿en qué nos amaste? ¿No era hermano Esaú de Jacob, dice el Señor: y amé a Jacob, pero a Esaú aborrecí: y puse sus límites en desolación, y su heredad en moradas del desierto. Porque dirá Edom, está destruida: volvamos y reedifiquemos los desiertos. Así dice el Señor omnipotente: Ellos edificarán, y yo destruiré: y serán llamados para ellos límites de iniquidad, y pueblo sobre el cual el Señor está preparado para siempre. Y sus ojos verán, y dirán: El Señor es engrandecido sobre los límites de Israel. Israel, es decir, Judá, a quien solía hacerse la palabra de Dios y la visión del Señor, se ve obligado a llevar su carga y peso de castigos gravísimos, para que deposite los pecados más graves, y sienta a través de tormentos, lo que no sintió a través de beneficios. Y para que la pena en los suyos no parezca injusta, el Señor añade: "Los amé: Porque el Señor corrige a quien ama: castiga a todo hijo que recibe" (Hebr. XII, 6): Y al decir "amé", niega el presente, mientras confiesa el pasado. Y ellos responden con la temeridad con la que pecan, olvidados

de sus beneficios: "¿En qué nos amaste?" A lo que el Señor: Para no hablar de otras cosas, y que recientemente vinieron de la cautividad de Babilonia, trataré sus orígenes, antes de que nacieran, más bien antes de que Rebeca diera a luz a Esaú y Jacob en su vientre (Gen. XXV): en Jacob los amé: en Esaú aborrecí a los idumeos. Este lugar el apóstol Pablo, en una discusión mística, lo examina, escribiendo a los Romanos, uniendo dos testimonios de Génesis y Malaquías: "Pero también Rebeca, habiendo concebido de uno, de Isaac nuestro padre. Porque cuando aún no habían nacido, ni hecho bien ni mal, para que el propósito de Dios según la elección permaneciera: no por obras, sino por el que llama, se le dijo: que el mayor servirá al menor, como está escrito: Amé a Jacob, pero a Esaú aborrecí" (Rom. IX, 10, y ss.). Esto que se dice: "Como está escrito", se refiere tanto al libro de Génesis como al profeta Malaquías. No solo, dice, amé a Jacob antes de que naciera, y aborrecí a Esaú antes de que fuera dado a luz del vientre de su madre; sino que en sus descendientes conservé mi amor y odio: odio en Esaú cuyos montes llamados Seir, reduje a desolación, e hice que sus ciudades fueran desiertas, y poseídas por serpientes y bestias. Si Edom, es decir, Esaú, dijere: estamos destruidos, a la ira de Dios, volveremos a edificar las ciudades: esto, con el Señor prediciendo, reconozcan: que mientras ellos edifican, yo destruiré, y mi ira será aprobada por su desolación eterna. Así que mostré odio en Esaú con hechos, y amor en ustedes, es decir, en Jacob, lo aprobaré con lo que sigue. Con ellos destruidos y reducidos a desolación, verán sus ojos, y dirán: "Sea engrandecido el Señor sobre el límite de Israel"; y por la comparación de los males que su hermano sufre, sentirán los beneficios de Dios en ustedes. Los judíos falsamente se halagan a sí mismos, que Edom son los romanos e Israel en la consumación del mundo se profetiza: que destruido el imperio romano, es decir, Idumea, el reino del mundo vendrá a los judíos. Esto, como pudimos, poniendo los fundamentos de la historia, hemos hablado: ahora vayamos a la inteligencia espiritual. Israel, "varón", o "sentido que ve a Dios", o como yo mejor creo, "rectísimo de Dios", es amado por el Señor, y quiere saber la razón de su amor en él. Y el Señor respondió, Esaú y Jacob nacidos de una misma raíz, es decir, los vicios y las virtudes proceden de una misma fuente del corazón: mientras que por la libertad del albedrío nos inclinamos a una u otra parte como queremos; pero primero nacen los vicios a través de la infancia, niñez, juventud, que después una edad más firme corrige y suplantán. El hermano mayor es hirsuto y sanguinario (Gén. XXV): se deleita en cacerías, bosques y bestias. El menor es ligero y simple, y habita inocentemente en casa. Dios pone los límites de Idumea, es decir, terrenal y sanguinario en desolación, y no permite que nada de la tierra crezca y sea perpetuo. Que si la malicia impudente intenta reedificar lo que ha sido destruido por la palabra de Dios, el Señor se profesa adversario de lo que se restaura por los vicios. Y después de que todos los límites hostiles hayan sido subvertidos: entonces podemos ver los ojos de Israel, y decir a los santos: "Sea engrandecido el Señor en sus límites", y a aquellos que ven a Dios con la mente (Sab. XI). Por lo demás, el amor y el odio de Dios nacen ya sea de la presciencia de lo futuro, o de las obras: de lo contrario, sabemos que Dios ama a todos, y no odia nada de lo que ha creado; sino que propiamente reivindica para su caridad a aquellos que son enemigos y rebeldes a los vicios. Y al contrario, odia a aquellos que desean reedificar lo que ha sido destruido por Dios. Se dice que Dios odia ἀνθρωποπάθως: como llorar, como dolerse, como enojarse: para que cuando oigamos su odio hacia los malos, huyamos de lo que entendemos que Dios odia.

(Vers. 6.) El hijo honra al padre, y el siervo a su señor: si pues yo soy padre, ¿dónde está mi honor? y si yo soy señor, ¿dónde está mi temor? dice el Señor de los ejércitos. LXX: El hijo glorifica al padre, y el siervo temerá a su señor. Y si yo soy padre, ¿dónde está mi gloria? Y si yo soy señor, ¿dónde está mi temor? dice el Señor omnipotente. Aunque antes de que nacieran, comencé a amarlos en Jacob como hijos: sin embargo, elijan con qué nombre me llamarán, o soy su padre, o su señor. Si soy padre, devuelvan el honor debido al padre, y

ofrezcan la piedad digna del padre. Si soy señor, ¿por qué me desprecian? ¿por qué no temen al señor? Habla a aquellos que bajo Zorobabel y Jesús hijo de Josadac, y el sacerdote Esdras, y Nehemías, han regresado de la cautividad de Babilonia (I Esdr. III), y habiendo construido el altar, aún no habían edificado el templo, ni levantado los muros de la ciudad, y sin embargo permanecían en los pecados anteriores, sin venerar a Dios ni por amor ni por temor. Lo que dijimos "gloria" o "honor", y en griego δόξα, y en hebreo CHABOD (), es una sola palabra; pero nosotros por la propiedad de la lengua latina, hemos puesto "honor". Pues también en el Evangelio donde el Señor y Salvador habla: "Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti" (Juan XVII, 1), en griego se lee δόξασον, es decir, "glorifica". Este lugar muchos latinos lo han interpretado como "honorífica". Al mismo tiempo, consideremos que hijo y siervo en las Escrituras santas se hacen por voluntad, no por necesidad de naturaleza. Pues quien ha recibido el espíritu de adopción, se convierte en hijo de Dios: pero quien tiene el espíritu de servidumbre en temor, se convierte en siervo de Dios (Rom. VIII). Dios quiere primero que seamos sus hijos, y hagamos el bien por voluntad: si queremos conseguir esto, al menos que nos tenga como siervos, y nos apartemos de los males por el temor de los castigos. Leemos en mala parte hijos: "Éramos hijos de ira, y hijos del infierno" (Efes. II, 3), que los fariseos, recorriendo mar y tierra, engendraron dignos de tormentos (Mat. XXIII). Y Judas el traidor, se llama "hijo de perdición" (Juan XVII); y en el salmo ochenta y ocho se escribe del Señor: "El hijo de iniquidad no añadirá a hacerle daño" (Sal. LXXXVIII, 23). En Oseas también se llaman hijos de fornicación, que son engendrados de madre prostituta, de la cual está escrito: "Fornicó vuestra madre" (Oseas II, 5). Y en el Evangelio los judíos son acusados como hijos del diablo: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer" (Juan VIII, 44). En buena parte leemos hijos, como hijos de Dios: "A todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Juan I, 12). Y hijos de la sabiduría, proclamando el Evangelio: "La sabiduría es justificada por sus hijos" (Mat. XI, 19): Y hijos de Abraham: "De cierto os digo, que Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras" (Mat. III, 9). Y hijos del Apóstol: "Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros" (Gál. IV, 19), y muchas cosas de este tipo. El hijo, por tanto, honra o glorifica al padre, según lo que está escrito: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres: para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. V, 16). El siervo también honra a su señor no con la misma caridad que el hijo; pero se sobreentiende en común, el hijo honra al padre, el siervo a su señor; y sin embargo, Dios omnipotente, sabiendo la diferencia entre hijo y siervo, y del hijo espera gloria, del siervo temor: "El principio de la sabiduría es el temor del Señor" (Ecl. I, 16), para que del temor de los siervos, pasemos a la gloria de los hijos.

(Vers. 7.) A vosotros, oh sacerdotes, que despreciáis mi nombre, y dijisteis: ¿En qué hemos despreciado tu nombre? Ofrecéis sobre mi altar pan contaminado, y decís: ¿En qué te hemos contaminado? en que decís, la mesa del Señor es despreciada. LXX: Vosotros, sacerdotes, que despreciáis mi nombre, y dijisteis: ¿En qué hemos despreciado tu nombre? Ofreciendo en mi altar panes contaminados, y dijisteis: ¿En qué los hemos contaminado? en que decís, la mesa del Señor es despreciada ÷ y lo que está sobre ella, despreciasteis ÷ Lo que sigue: Y lo que está sobre ella despreciasteis, lo hemos marcado con un obelo, porque no se encuentra en el hebreo, y se ha añadido de lo siguiente. A vosotros, pues, oh sacerdotes, que despreciáis mi nombre, se dirige este discurso: que habiendo regresado de Babilonia, por miedo a la servidumbre pasada, debíais convertirlos al Señor con plena mente: y no solo no lo hacéis, sino que imitando a Caín, respondiendo con voces soberbias contra Dios, preguntáis a aquel a quien no engañan los secretos, y se dice: ¿En qué hemos despreciado tu nombre? (Gén. IV)

para que con la impudencia de la disimulación, cubráis la herida de la conciencia. ¿Queréis, pues, saber en qué habéis despreciado mi nombre? Ofrecéis sobre mi altar pan contaminado: a saber, los panes de la proposición, que según las tradiciones hebraicas, debíais sembrar, cosechar, moler y cocer vosotros mismos: y ahora tomáis cualquiera de en medio, y respondéis con voz temeraria, y decís, ¿en qué los hemos contaminado, o a ti? Pues al violarse los sacramentos, se viola a aquel a quien pertenecen los sacramentos. Esto que sigue: En que decís, la mesa del Señor es despreciada, podemos interpretarlo así: Que habiendo regresado de Babilonia, aún sin haberse edificado el templo, permaneciendo en chozas y en las ruinas de la antigua ciudad, solo habían construido un altar, no de la misma gloria que el anterior, y pensaban que faltaba la santidad de la religión, porque faltaba la ambición de la edificación. Hemos trazado líneas tenues, en las que debe imprimirse la explicación espiritual. El discurso divino reprende a los obispos, presbíteros y diáconos negligentes, o porque somos un linaje sacerdotal y real, todos los que hemos sido bautizados en Cristo, somos considerados [Al. somos considerados] con el nombre de Cristo, por qué desprecian el nombre de Dios: y a los que preguntan, 949 en qué han despreciado su nombre, les muestra las causas de la ofensa: Ofrecéis, dice, sobre mi altar pan contaminado. Contaminamos el pan, es decir, el cuerpo de Cristo, cuando nos acercamos indignamente al altar, y sucios bebemos la sangre pura, y decimos, la mesa del Señor es despreciada; no porque alguien se atreva a decir esto, y lo que piensa impiamente lo exprese con voz criminal; sino que las obras de los pecadores desprecian la mesa de Dios. También podemos decir de otra manera: El doctor de la Iglesia que confecciona el pan espiritual, y lo divide entre los pueblos, si por la gloria humana, o por las ganancias del siglo que siguen a la gloria, habla entre los pueblos y adula a los ricos, y honra a los pecadores, y según Santiago recibe a aquellos que vienen a él con anillos de oro (Sant. II), y rechaza a los pobres santos, desprecia el nombre de Dios, y contamina el pan de las doctrinas, y lanza injurias contra el mismo Dios, pensando que la mesa de las Escrituras es común con la mesa de los ídolos y la doctrina secular.

(Vers. 8.) Si ofrecéis un ciego para ser inmolado, ¿no es malo? Y si ofrecéis un cojo y enfermo, ¿no es malo? ofréceselo a tu gobernador, si le agradará, o si recibirá tu rostro, dice el Señor de los ejércitos. LXX: Porque si ofrecéis un ciego en sacrificio, ¿no es malo? Y si ofrecéis un cojo y enfermo, ¿no es malo? ofréceselo a tu gobernador, si te recibirá, si aceptará tu rostro, dice el Señor omnipotente. Sobre la diversidad de las víctimas, y cuáles deben ser ofrecidas o no, aprendemos más plenamente en Levítico (Lev. XXI y XXII). Habiendo regresado de Babilonia, los sacerdotes y levitas, porteros y cantores, y los natineos y siervos de Salomón, cuyo catálogo escribe Esdras, ofrecían a Dios víctimas ilícitas, a saber, ciegas y cojas, y consumidas por diversas debilidades (I Esd. II); esto es lo que dice enfermo, comprendiendo todo en una sola palabra. Si ofreces tales dones a tu gobernador, ¿no los rechazaría? ¿no pensaría que se le ha hecho una injuria? y os atrevéis a ofrecer a Dios lo que no os atrevéis a dar a los hombres? Es largo ahora abrir los misterios de todas las víctimas: hablaré solo de aquellas que se contienen en el presente capítulo. La víctima del alma es ciega, que no es iluminada por la luz de Cristo, ni tiene el ojo del Evangelio que contempla (Mat. 6). 950 Coja es la oración del que ruega, que con doble mente se acerca a orar, y escucha con el pueblo de los judíos: ¿Hasta cuándo claudicaréis de ambos pies? (III Reyes XVIII, 21) Y enferma, y cubierta de toda debilidad, que no tiene la virtud de Cristo Dios, ni la sabiduría de Dios. Tales oraciones, que están sin la luz de la verdad, y no tienen los firmes pasos de la sabiduría, y se consumen en diversas debilidades, si se ofrecen al príncipe de las Iglesias, o a cualquier doctor erudito y sabio, ¿no serán rechazadas, y caerán en injuria de aquel que se atrevió a ofrecer tales cosas?

(Vers. 9.) Y ahora rogad el rostro de Dios para que tenga misericordia de vosotros: porque de vuestra mano se ha hecho esto, si de alguna manera recibirá vuestros rostros, dice el Señor de los ejércitos. ¿Quién hay entre vosotros que cierre las puertas, y encienda mi altar gratuitamente? LXX: Y ahora rogad el rostro de vuestro Dios, y rogadle: en vuestras manos se han hecho estas cosas, si recibiré de vosotros vuestros rostros, dice el Señor omnipotente: porque también en vosotros se cerrarán las puertas, y no se encenderá mi altar gratis. Mucho en este lugar los intérpretes de los Setenta difieren de la verdad hebrea: y es necesario, donde la interpretación es diversa, que también el sentido sea diverso. Porque ofrecisteis víctimas cojas y ciegas y débiles, vosotros habéis hecho todas estas cosas que he dicho: haced penitencia, si de alguna manera Dios tenga misericordia de vosotros: pues no hay en vosotros hasta el último ministerio, no digo pontífice, no sacerdote, no levita, no cantor, sino ni siquiera portero, y aquel que pone el fuego en el altar para quemar los holocaustos, que no reciba de mí la recompensa de su trabajo. Al decir esto, significa los diezmos de todos los frutos, que son ofrecidos por los pueblos. De lo cual se muestra, que es más aceptable al Señor el servicio que no pide recompensa en el presente. Por eso también el Apóstol predica el Evangelio gratuitamente (I Tes. II); y trabaja de noche y de día con sus manos, para no ser carga a nadie y testifica que esta gloria suya de la predicación gratuita entre los gentiles, de ninguna manera debe ser anulada (II Tes. III). Por otro lado, los Setenta sugieren un sentido muy diferente: Oh sacerdotes, que inmoláis víctimas débiles, convertíos a la penitencia, y rogad el rostro del Señor y orad por las obras de vuestras manos. Pero lo que añade: Si 951 recibiré de vosotros vuestros rostros, no sé si conviene a la exhortación a la penitencia. Nadie dice, ora por mí, y no te perdonaré. Sigue: En vosotros se cerrarán las puertas, a saber, del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. De donde el Salvador habla: Yo soy la puerta (Juan X, 9). O de otra manera: No se os abrirán las puertas de las Escrituras, ni podréis ver los santos de los santos, ni conocer los sacramentos del Señor; ni encender su incienso en el altar: porque vuestras oraciones no llegarán a él. Y esto que se dice δωρεὰν, y nosotros hemos interpretado gratuitamente: quienes siguen esta inteligencia que ahora exponemos, lo traducen en gracia, para que no tengan gracia de servir al altar del Señor.

(Vers. 10 y siguientes.) No tengo voluntad en vosotros, dice el Señor de los ejércitos, y no recibiré ofrenda de vuestra mano: porque desde el nacimiento del sol hasta el ocaso grande es mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrifica, y se ofrece a mi nombre una ofrenda pura, porque grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos. Y vosotros lo habéis contaminado, en que decís: La mesa del Señor está contaminada, y lo que se pone sobre ella, es despreciable con el fuego que lo devora. Y dijisteis: He aquí de la fatiga, y lo despreciasteis, dice el Señor de los ejércitos. Y trajisteis de los robos lo cojo, y lo enfermo, y trajisteis ofrenda: ¿acaso la recibiré de vuestra mano? dice el Señor. LXX: No es mi voluntad en vosotros, dice el Señor omnipotente, y no recibiré sacrificio de vuestras manos, porque desde el nacimiento del sol hasta el ocaso mi nombre es glorioso entre las naciones: y en todo lugar se ofrece incienso a mi nombre, y sacrificio puro, porque grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor omnipotente. Pero vosotros lo habéis contaminado, en que decís, la mesa del Señor está contaminada, y los alimentos que se ponen sobre ella son despreciados, y dijisteis, estas cosas son de aflicción, y las despreciasteis, dice el Señor omnipotente. Y traíais robos, y cojos 952 y débiles, y ofrecíais sacrificio: si los recibiré de vuestras manos, dice el Señor omnipotente. La regla de las Escrituras es: Donde se teje una profecía clarísima sobre el futuro, no debilitar lo que está escrito con alegorías inciertas. Por lo tanto, ahora el discurso del Señor se dirige propiamente a los sacerdotes de los judíos, que ofrecen ciego y cojo, y enfermo para ser inmolado; para que sepan que a las víctimas carnales sucederán las víctimas espirituales. Y de ninguna manera la sangre de toros y cabras; sino incienso, es decir, las oraciones de los santos serán ofrecidas al Señor, y no en

una sola provincia del mundo, Judea, ni en una sola ciudad de Judea, Jerusalén; sino en todo lugar se ofrecerá una oblación, no inmunda, como por el pueblo de Israel; sino pura, como en las ceremonias de los cristianos. Porque desde el nacimiento del sol hasta el ocaso grande es el nombre del Señor entre las naciones, diciendo el Salvador: Padre, he manifestado tu nombre a los hombres (Juan XVII, 6). Y cuando, dice, mi nombre será grande entre las naciones, oh vosotros príncipes de los judíos, lo habéis contaminado y lo contamináis. Así ha tejido la profecía de los futuros, que no abandona el tiempo presente. Por eso, oh sacerdotes y príncipes de los judíos, en todo lugar se me ofrece una oblación pura, y grande es mi nombre entre las naciones, porque decís la mesa del Señor está contaminada, y lo que se pone sobre ella, es despreciable con el fuego que lo devora. El pueblo que regresó de Babilonia, solo construyó un altar con piedras fortuitas e impolutas, según el libro de Esdras (I Esd. VI), sin templo, sin edificios de la ciudad, sin construcción de muros, y pensaba que el culto de la religión era menor, porque faltaba el ornato del templo. A quienes el Señor habla: Pensáis que el altar está contaminado, y los holocaustos y víctimas que se ponen sobre él: también el fuego que devora las víctimas, está contaminado; y no entendéis que el Dios omnipotente, no busca oro, gemas, y multitud de víctimas, sino las voluntades de los oferentes. 953 Pero aquellos que piensan que no debe entenderse el altar, sino la mesa en la que se ponían los panes, cómo pueden interpretar esto que sigue, con el fuego que lo devora, no lo veo en absoluto: pues el fuego no devora los panes de la proposición, que siempre se cambiaban nuevos [Al. nuevos] por los viejos, y los retirados se destinaban al uso de los sacerdotes (Lev. II, 4). O ciertamente debe entenderse así: Habéis contaminado mi nombre en que decís: ¿de qué sirve si ofrecemos lo mejor? cualquiera que sea lo que se ofrezca, será devorado por el fuego. El fruto del altar es el fuego, y el alimento del fuego son las víctimas o los holocaustos. Y no basta la impiedad del discurso anterior, sino que también dijisteis: He aquí de la fatiga, y lo despreciasteis, dice el Señor de los ejércitos. El sentido de esta oración es: Dijisteis, hemos regresado de la cautividad, hemos sido presa de los enemigos, hemos trabajado mucho en el largo camino, somos pobres, todo lo que pudimos tener, se ha consumido en el trabajo del camino: cualquiera que sea lo que tenemos, lo ofrecemos; y al decir esto despreciasteis vuestros sacrificios, es decir, los hicisteis dignos de mi desprecio: o como se puede leer en hebreo: Y me despreciasteis al decir esto; no al sacrificio, sino a mí a quien sacrificabais, me hicisteis injuria. Por lo cual de ninguna manera recibiré eso de vuestra mano, dice el Señor omnipotente. Algunos piensan que esto que se dice especialmente a los judíos, porque sus víctimas son inmundas y contaminadas, y el sacrificio se transfiere a las naciones, debe entenderse sobre los sacerdotes de la Iglesia, que ofrecen negligentemente víctimas al Señor. Si aceptamos esto: entonces de la Iglesia nuevamente las víctimas deben ser transferidas a otra religión. Y cómo a la Ley el Evangelio, así nuevamente al Evangelio sucederán cosas que no están por venir. También refieren la mesa del Señor contaminada a las santas Escrituras, si se entienden de manera diferente a como están escritas.

(Cap. II.---Vers. 1, 2.) Maldito el engañoso que tiene en su rebaño un macho, y haciendo voto sacrifica al Señor uno débil. Porque yo soy un gran rey, dice el Señor de los ejércitos, y mi nombre es temido entre las naciones. Y ahora, este mandato es para vosotros, oh sacerdotes: Si no queréis escuchar, y si no queréis poner en vuestro corazón dar gloria a mi nombre, dice el Señor de los ejércitos: enviaré sobre vosotros la escasez, y maldeciré vuestras bendiciones y las maldeciré, porque no habéis puesto en vuestro corazón. LXX: Y maldito el que era poderoso, y tenía en su rebaño un macho, y su voto sobre él, y sacrifica al Señor uno débil: porque yo soy un gran rey, dice el Señor omnipotente, y mi nombre es ilustre entre las naciones. Y ahora este mandato es para vosotros, oh sacerdotes, si no escucháis, y si no ponéis vuestro corazón para dar gloria a mi nombre, dice el Señor omnipotente: enviaré sobre

vosotros la maldición, y maldeciré vuestra bendición, y la maldeciré ** y disiparé vuestra bendición ÷ y no será para vosotros; porque no ponéis en vuestro corazón. Esto que está escrito, y disiparé vuestra bendición, fue añadido por los LXX y no se encuentra en el hebreo. Cualquier cosa que la mente humana pueda encontrar para excusar su pecado y defenderse con falsa satisfacción, la palabra divina lo prevé y condena. Y el sentido es que ofrecéis lo ciego y lo cojo y lo enfermo, y esto no de lo vuestro, sino de robos y despojos y lágrimas de los miserables, y además decís, de nuestro trabajo y pobreza ofrecemos lo que tenemos: por eso digo en general, para que os acuse vuestra propia conciencia. Ciertamente alegráis pobreza e injuria de cautiverio, y escasez de bienes familiares: escuchad lo que os digo: Maldito el engañoso que tiene en su rebaño un macho, y haciendo voto sacrifica al Señor uno débil. Si no tienes un macho, la maldición no te afecta. Al decir esto, muestra que tienen lo mejor y ofrecen lo malo. Por tanto, a vosotros, oh sacerdotes, este mandato es, habéis hecho lo impío en desprecio mío. Pero porque prefiero el arrepentimiento del pecador a la muerte, aún ahora digo: Si no queréis escucharme, ni entender, para dar gloria a mi nombre, que es temido entre las naciones, enviaré sobre vosotros verdadera escasez, para que no mintáis; sino que, forzados por la escasez de todas las cosas, digáis que no tenéis lo mejor para ofrecer. Y maldeciré, dice, vuestras bendiciones, es decir, lo que ahora poseéis por mis bendiciones: o cualquier cosa que bendigáis, será maldecida por mí. Y las maldeciré, se sobreentiende vuestras bendiciones; porque no quisisteis entender lo que se dice; esto es lo que se dice: no pusisteis en vuestro corazón. Podemos entender al pueblo judío como maldito y engañoso, que teniendo en su rebaño al macho, al Señor Salvador, y al cordero inmaculado que quita los pecados del mundo (Juan I), y advertido por la profecía de todos los profetas para que sacrificara y recibiera al carnero que estaba atrapado por los cuernos en el matorral de Sabec (Gén. XXII), no quiso hacerlo; sino que sacrifica al Señor uno débil, crucificando al Salvador, y eligiendo a Barrabás, autor de robo y sedición (Juan XVIII), que según la interpretación mística se refiere al diablo: y al despreciar ellos, y preferir al diablo sobre el Salvador, el nombre de Cristo es temido entre las naciones, que recibieron la pasión del Señor, y lo veneran con honor temeroso. También se puede decir de nosotros: Si creados por Dios sabios, y teniendo una naturaleza adecuada a las disciplinas sagradas, descuidamos nuestro ingenio, y nos entregamos a los vicios y a la lujuria, y teniendo un macho, sacrificamos al Señor uno débil. Nuestra oración es débil y manchada cuando se corrompe por la ira, la envidia, las enemistades, y otras perturbaciones del alma: si al ofrecer un don en el altar, y recordando que nuestro hermano tiene algo contra nosotros, no vamos primero y nos reconciliamos con él (Mat. V, 23). Por eso el Apóstol ordena: Quiero que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas sin ira ni discusión (I Tim. II, 8). El pastor de nuestros pensamientos y virtudes es el sentido, del cual en el Salmo ciento dos (Vers. 1) se dice: Bendice, alma mía, al Señor, y todo lo que hay dentro de mí a su santo nombre. Si gobierna bien su rebaño, se cumple en él esa bendición: Benditos los rebaños de tus bueyes, y los rebaños de tus ovejas (Deut. XXVIII, 4). Pero si teniendo naturalmente un macho, es decir, fuerte, rígido y robusto, sacrifica uno ligero o por excesiva blandura femenino y lascivo, o débil y corrupto por diversas perturbaciones del alma, sentirá en sí mismo que se cumple lo que está escrito: Los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sab. VI, 7). Y: A quien más le dieron, más le exigirán (Luc. VIII). Por eso se dice propiamente a los sacerdotes, que si no quieren escuchar, y retener en su corazón, para dar gloria al nombre del Señor por buena conversación (Rom. II); pero al contrario, si su nombre es maldecido entre las naciones por su causa, enviará sobre ellos la escasez de todos los bienes, y sus bendiciones las convertirá en maldición. Los que abusan de la salud en la lujuria, y convierten las riquezas en lujo, y desfiguran su buena fama con una conversación sucia, estos cambian las bendiciones de Dios en maldición. O ciertamente, porque el mandato es propiamente para los sacerdotes, sus bendiciones se convierten en maldición, cuando no

bendicen a los santos con verdadero afecto del corazón, como Isaac a Jacob, y Jacob a los patriarcas, y Moisés a las doce tribus (Gén. XXVII y XLIX, y Deut. XXIII), sino que con dulces palabras y bendiciones engañan los corazones de los inocentes (Rom. XVI), y los que obran inicualemente son bendecidos por ellos, y adulan a los pecadores siempre que sean ricos y halagan sus vicios, de los cuales se dice: Mi pueblo, los que os dicen bienaventurados, os engañan, y trastornan los caminos de vuestros pies (Isai. III, 11).

(Vers. 3, 4.) He aquí que yo os arrojaré el brazo, y esparciré sobre vuestro rostro el estiércol de vuestras solemnidades, y os llevará consigo. Y sabréis que envié a vosotros este mandato, para que fuera mi pacto con Leví, dice el Señor de los ejércitos. LXX: He aquí que os separaré el hombro, y esparciré el vientre sobre vuestro rostro, el vientre de vuestras solemnidades, y os recibiré juntos: y conoceréis que yo envié a vosotros este mandato, para que fuera mi testamento con los levitas, dice el Señor omnipotente. Porque habla a los sacerdotes: Arrojaré, dice, en vuestros rostros, lo que consideráis más sagrado en la Ley, y os fue concedido por Dios como don de virtudes de las ofrendas: El brazo, por el cual los LXX interpretaron el hombro, es decir, el brazo derecho del animal. Y esparciré, dice, ἔνυστρον, es decir, el vientre; o según los hebreos, el estiércol, es decir, PHARES (), metonímicamente, llamando al contenido por el continente, y el brazo y el pecho, y la lengua, y el vientre, y lo que se describe en Levítico, lo recibían de las ofrendas los sacerdotes (Levi. VII y IX). Todo esto por sus pecados se arrojará, y se lanzará en los rostros de los sacerdotes (Num. XVIII; Deut. XVIII), para que sean tales los que ofrecen, como lo que se ofrece. Y os llevará, dice, consigo, es decir, el estiércol de vuestras solemnidades, para que los rostros fétidos se deshonren con la mezcla de estiércol, y por lo que os arrojé, entendáis que soy yo, quien una vez elegí a vuestro padre Leví, y por Leví a Aarón, y os concedí la gloria del sacerdocio, para que fuera mi pacto o testamento con Leví, y me sirviera en el sacerdocio eterno. Es de notar que la palabra hebrea BRITH (), Aquila la interpreta como συνθήκην, es decir, pacto. Los LXX siempre como διαθήκην, es decir, testamento, y en muchos lugares de las Escrituras, testamento no suena a voluntad de los difuntos, sino a pacto de los vivos. Dios quiso que todos los hombres, pero especialmente los sacerdotes, no tuvieran mancha, y ya sea el hombro, ya sea el brazo, se adornen con buenas obras. En el pecho se significa la buena conciencia: en la lengua, la santa confesión: para que lo que creemos con el corazón para justicia, lo confesemos con la boca para salvación (Rom. X). En el vientre tampoco tener nada mortal; sino lo que sustente y vivifique nuestra vida: porque si los alimentos no se digieren en el vientre, y su jugo no riega el cuerpo, debilitado carece de fuerzas, y se dirige a la muerte. Pero nosotros lo convertimos todo al contrario, para que el Señor nos arroje el brazo, o separe nuestras obras de las obras de los santos, y a quienes se les ordenó ungir nuestra cabeza (Matt. VI), y lavar el rostro de las suciedades de los pecados ayunando, y contemplar la gloria del Señor con el rostro descubierto (III Cor. III), ahora decimos: La confusión de mi rostro me cubrió (Ps. XLIII, 16), y según Caín nuestro rostro cayó (Gen. IV), ni podemos cumplir lo que se ordenó: Levantad vuestros ojos y ved (Jer. XIII, 20); sino que tenemos los rostros manchados y contaminados con el estiércol de los vicios, y decimos: Se pudrieron y se corrompieron mis cicatrices, a causa de mi insensatez (Ps. XXXVII, 6). Por eso todo esto se ha convertido en estiércol, diciendo la Escritura: Y os llevará consigo el estiércol, es decir, con el que están manchados nuestros rostros, que debíamos venir llenos y puros en las solemnidades de Dios, y o comer las carnes del cordero calzados (Exod. XII), o después de completar siete semanas, ofrecer los frutos de nuestras obras a Dios (Lev. XXIII) o vivir en las tiendas de este siglo como transeúntes, y decir: Soy un extranjero y peregrino, como todos mis padres (Ps. XXXVIII). Y porque en lugar de lo que traducimos: os llevará consigo el estiércol, los Setenta interpretaron, y os recibiré juntos, se añade la inteligencia, que después de que los sacerdotes sean cubiertos de deshonra e ignominia, y reconozcan su

pecado, y hagan penitencia, entonces sean recibidos por el Señor, y este sentido concuerda con lo que sigue: Y conoceréis que yo envié a vosotros este mandato. Pero la interpretación anterior me parece verdadera, para que no entre las palabras de amenaza, haya palabras de adulación, especialmente cuando lo que sigue también suena a indignación de Dios.

(Vers. 5 seqq.) Mi pacto fue con él de vida y paz, y le di temor, y me temió, y de la presencia de mi nombre se espantaba. La ley de verdad estuvo en su boca, y no se halló iniquidad en sus labios: en paz y en equidad caminó conmigo, y a muchos apartó de la iniquidad. Porque los labios del sacerdote guardarán la ciencia, y de su boca buscarán la ley, porque es el ángel del Señor de los ejércitos. LXX: Mi testamento fue con él de vida y paz, y le di temor para que me temiera, y de la presencia de mi nombre se espantara. La ley de verdad [Al. verdad] estuvo en su boca, y no se halló iniquidad en sus labios. En paz dirigiendo caminó conmigo, y a muchos convirtió de la iniquidad. Porque los labios del sacerdote guardarán la ciencia, y la ley se buscará de su boca: porque es el ángel del Señor omnipotente. Se describe desde la persona de Dios, el oficio perfecto del sacerdote, cómo debe ser, y cómo quiso que fuera, quien lo mandó ser. Antes había dicho: Para que fuera mi pacto con Leví, dice el Señor de los ejércitos; y por el patriarca Leví llega a los descendientes, Aarón y Eleazar, Finees y los demás, que fueron generados de su estirpe: ahora al final dice: Habéis invalidado el pacto de Leví, dice el Señor de los ejércitos. De lo cual es claro que todo lo que se dice por Leví, se refiere a los sacerdotes y especialmente al sumo sacerdote. Leemos en Números sobre Finees, que golpeó a Zamri con la prostituta madianita con una lanza: Finees hijo de Eleazar, hijo de Aarón el sacerdote, hizo cesar mi ira de los hijos de Israel, porque fue celoso de mi celo contra ellos, y no destruí a los hijos de Israel en mi celo, diciendo así: He aquí que le doy [Vulg. doy] mi testamento de paz, y será para él y su descendencia después de él un testamento de sacerdocio eterno: porque fue celoso de su Dios, y intercedió por los hijos de Israel (Num. XXV, 11). El testamento de vida, o pacto, no lo consideremos de esta que nos es común con las bestias y todos los seres animados, sino de aquella que dice: Yo soy la vida (Juan XIV, 7). Porque nuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. III, 3): de quien podemos decir, que él mismo es nuestra paz, confirmando el Apóstol: Porque él es nuestra paz (Ephes. II, 14). Dio pues el Señor a Leví, y por él a sus descendientes, para que le temieran: Porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Ps. CX, 10), y de su presencia se espantaran, o se retiraran y contrajeran, indicando el temor del alma con el horror del cuerpo, según lo que está escrito: Sobre quién reposaré, sino sobre el humilde y tranquilo y que tiembla ante mis palabras (Isai. LXVI, 2)? La ley de verdad estuvo en su boca, es decir, la doctrina de los pueblos, que en el sacerdote no debe ser desfigurada por ninguna mentira; sino que toda debe proceder de la fuente de la verdad. Y no se halló iniquidad en sus labios, para que imite a su Señor, de quien se dice: Quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (I Pet. II, 22). En paz y en equidad caminó conmigo, para que él mismo tenga paz en sí, y pacifique a los demás, y no acepte la persona de nadie en el juicio, y por eso camine con Dios, como caminó Enoc, que fue trasladado al Señor, y no se encontraba (Gén. V); Y a muchos apartó de la iniquidad. El sacerdote que no corrige a los delincuentes, pasa por alto el oficio del sacerdote. Los labios del sacerdote guardarán la ciencia: no dijo, pronunciarán, sino, guardarán, para que hablen en el tiempo, y den a sus compañeros el alimento a su debido tiempo, Y la ley se buscará de su boca. En Ageo se escribe lo mismo: Preguntad a los sacerdotes la ley del Señor (Ageo II, 12). Corresponde al sacerdote responder sobre la ley cuando se le pregunta. Que si en otras cosas muestra diligencia, en las Escrituras sagradas muestra negligencia, en vano se jacta de la dignidad, cuya obra no exhibe. Esto es lo que el apóstol Pablo escribe a Tito: Para que sea capaz de exhortar en la sana doctrina, y refutar a los que contradicen (Tito I, 9). Y a Timoteo: Porque desde la infancia conoces las sagradas escrituras, que te pueden instruir para la salvación,

para que reprendas a los pecadores delante de todos (II Tim. III, 13). Sigue: Porque es el ángel del Señor de los ejércitos. Expone su nombre el sacerdote de Dios Esdras, es decir, Malachías, que se interpreta como ángel del Señor; ángel, es decir, mensajero, el sacerdote de Dios se dice con toda verdad, porque es el mediador entre Dios y los hombres, y anuncia al pueblo su voluntad: y por eso en el pecho del sacerdote está el racional (Exod. XXIX), y en el racional se pone la doctrina y la verdad, para que aprendamos que el sacerdote debe ser docto, y pregonero de la verdad del Señor. Algunos piensan erróneamente que lo que se dice a Leví y por Leví a los sacerdotes, debe entenderse de Cristo, sin considerar lo que sigue, contrario a la persona de Cristo.

(Vers. 8, 9.) Vos, sin embargo, os habéis apartado del camino, y habéis escandalizado a muchos en la ley: habéis invalidado el pacto de Leví, dice el Señor de los ejércitos. Por lo cual yo también os he hecho despreciables y humildes ante todos los pueblos, ya que no habéis guardado mis caminos, y habéis aceptado el rostro en la ley. LXX: Vosotros, sin embargo, os habéis desviado de mi camino, y habéis debilitado a muchos en la ley, habéis corrompido el testamento de Leví, dice el Señor todopoderoso. Y yo os he hecho despreciables y disolutos entre todas las naciones, porque no habéis guardado mis caminos, sino que habéis aceptado personas en la ley. Esto no se refiere a la persona de Cristo, ni a aquellos dedicados a su culto, aunque yo calle, el lector prudente lo entiende. Y el sentido es: Yo quise hacer con vosotros lo que se contiene en el capítulo anterior, y de lo que hablé por Moisés en el Deuteronomio: Dad a Leví su doctrina, y la verdad al hombre justo (Deut. XXXIII, 8, según LXX), y lo demás: pero vosotros os habéis apartado del camino recto, o habéis desviado, cuando yo decía: No te desvíes ni a la derecha ni a la izquierda (Deut. V, 32); y habéis debilitado a muchos en la ley, o escandalizado, como tradujeron Aquila y Símaco. Desviarse a la derecha es abstenerse de los alimentos que Dios creó para ser usados: condenar el matrimonio, y caer en aquello que está escrito en otro lugar: No seas demasiado justo (Ecl. VII, 17). Desviarse a la izquierda es cuando uno se entrega a la lujuria y al libertinaje, y escandaliza a muchos en la ley: a quien le sería mejor que se le atara una piedra de molino al cuello y se le arrojara al mar, que escandalizar a uno de los pequeños. Hacen débiles a muchos, quienes, habiendo recibido la fortaleza de la fe en Cristo, los debilitan con la negligencia de su conducta, a quienes con toda razón se les dice: Habéis invalidado el pacto de Leví, el pacto de vida y paz, y lo demás que dijimos que pertenece al oficio del sacerdote. Por esta razón, también yo, dice, os he hecho despreciables y humildes ante todos los pueblos, para que os desprecien, y en lugar de honor y gloria, os pisoteen como abatidos y humildes: Como no habéis guardado mis caminos, y habéis aceptado el rostro en la ley. Entre todos los pecados de Leví, o de aquellos que son de Leví, sacerdotes de Dios, se pone como el último y mayor, el que acepten el rostro en la ley, para que no consideren las causas, sino las personas, despreciando al justo pobre, y acogiendo y honrando a los ricos injustos. A quienes en el salmo ochenta y uno se les dice: ¿Hasta cuándo juzgaréis iniquidad, y aceptaréis el rostro de los pecadores? (Sal. LXXXI, 2) y Pablo a los Gálatas: Dios, dice, no acepta la persona del hombre (Gal. XXVI). Y el apóstol Santiago condena y reprende más plenamente este pecado (Jac. 2). Todo lo que se dice al pueblo anterior, también debemos considerarlo dicho a nosotros para que nos apartemos con más cautela de los vicios, y no aceptemos el rostro en la ley, ni prefiramos la mentira a la verdad siendo adoradores de Dios.

(Vers. 10 seqq.) ¿No es un solo Padre de todos nosotros? ¿No es un solo Dios quien nos creó? ¿Por qué, entonces, desprecia cada uno de nosotros a su hermano, violando el pacto de nuestros padres? Judá ha transgredido, y se ha cometido abominación en Israel y en Jerusalén: porque Judá ha profanado la santificación del Señor, que amó, y ha tenido la hija de un dios extraño. Destruirá [Al. destruya] el Señor al hombre que haga esto, al maestro y al

discípulo de las tiendas de Jacob, y al que ofrezca ofrenda al Señor de los ejércitos. LXX: ¿No es un solo Padre de todos vosotros? ¿No es un solo Dios quien os creó? ¿Por qué habéis dejado cada uno a su hermano, para que haga abominable el testamento de vuestros padres? Judá ha sido abandonado, y se ha cometido abominación en Israel y en Jerusalén, porque Judá ha profanado las cosas santas del Señor, en las que amó, y ha encontrado dioses extraños. Destruya el Señor al hombre que haga estas cosas, hasta que sea expulsado de las tiendas de Jacob, y de aquellos que ofrecen sacrificio al Señor todopoderoso. Antes de discutir sobre el presente capítulo, es necesario exponer la tradición de los hebreos, o más bien explicar la verdad de la Escritura. Leemos en el volumen que lleva el título de Esdras, hablando en persona de Esdras: Se acercaron a mí los príncipes, diciendo: No se ha separado el pueblo de Israel, y los sacerdotes y levitas de los pueblos de las tierras, y de sus abominaciones, a saber, de los cananeos, heteos, ferezeos, jebuseos, amonitas, moabitas, egipcios y amorreos. Porque tomaron de sus hijas para sí y para sus hijos, y mezclaron la simiente santa con los pueblos de las tierras. También la mano de los príncipes y magistrados fue la primera en esta transgresión. Y cuando oí este discurso, rasgué mi manto y mi túnica, y me arranqué los cabellos de mi cabeza y de mi barba, y me senté afligido (I Esdr. IX 1 seqq.) Y nuevamente en lo que sigue: Y se hallaron de los hijos de los sacerdotes, que tomaron esposas extranjeras de los hijos de Jesúa, hijo de Josadac, y sus hermanos, Maasías, Eleazar, Jarib y Godolías, y dieron sus manos para despedir a sus esposas, y por su delito ofrecieron un carnero de las ovejas (I Esdr. X, 18, 19). Al final del capítulo, después de enumerar a aquellos que tomaron esposas extranjeras, la Escritura menciona: Todos estos tomaron esposas extranjeras: y de ellas hubo mujeres que dieron a luz hijos. Así que, regresados de la cautividad de Babilonia, tanto los príncipes, como los sacerdotes y levitas, como el resto del pueblo, repudiaron a sus esposas de origen israelita, que por la pobreza y la injuria de un largo camino, y la fragilidad del sexo, no soportaron el trabajo, y contrajeron debilidad y deformidad en sus cuerpos: y se unieron en matrimonio con extranjeras, ya sea por su juventud floreciente, o por su belleza corporal, o por ser hijas de poderosos y ricos. Por lo tanto, Esdras el profeta los reprende y los incita al repudio de las nuevas esposas, para que reciban a las esposas que habían dejado: ¿No es, dice, un solo padre Abraham de todos nosotros? de quien se escribe en Isaías: Mirad a Abraham vuestro padre, y a Sara que os dio a luz, porque era uno solo, y lo llamé (Isai. LI, 2). ¿No es un solo Dios quien nos creó, que eligió nuestra raza de Abraham? ¿Por qué, entonces, despreciamos a las esposas antiguas, y rechazamos a las hijas de nuestros hermanos, para abandonar el pacto de nuestros padres, y no tomamos esposas según la Ley? Judá ha transgredido (pues esta tribu regresó de Babilonia con los sacerdotes y levitas, y se ha cometido abominación en Israel y en Jerusalén. No en las diez tribus que estaban bajo el dominio de los asirios; sino en aquellos que regresaron de Babilonia bajo el mandato del rey Ciro con Zorobabel, Esdras y Nehemías. Porque Judá ha profanado la santificación del Señor, que amó, y ha tenido la hija de un dios extraño, mezclando con extranjeras la simiente de Israel, y de los gentiles; es decir, tomando esposas de las hijas de los paganos que servían a ídolos. Porque hicieron esto, el discurso del profeta se dirige a ellos, y se les aparta del pecado con maldiciones. Destruirá el Señor al hombre que haga esto. Qué bien no corta el error con perdón, ni dice, maldiga el Señor al que hizo esto; sino al que lo haga, extendiendo la maldición hacia el futuro, para provocar a los pecadores al arrepentimiento. Al maestro, dice, y al discípulo de las tiendas de Jacob, ya sea sacerdote o laico, serán heridos con una sola maldición, y no habrá diversidad de castigo en aquellos cuyos pecados son iguales. Y al que ofrezca ofrenda al Señor de los ejércitos: se sobreentiende, destruya el Señor también a aquel que quiera ofrecer ofrenda en el altar por personas de este tipo, cuyo único remedio es no hacer lo que hicieron. Algunos, al no entender este lugar, ni conocer la verdad de la historia, interpretan lo que dice: ¿No es un solo padre de todos nosotros? de Abraham, de manera que también recuerdan a Abraham como

padre de las naciones, según lo que está escrito: Dios puede levantar de estas piedras hijos a Abraham (Mat. III, 9). O ciertamente afirman un solo Dios Padre según lo que leemos en el Deuteronomio: ¿No es este el Padre que te poseyó, te hizo y te creó? (Deut. XXXII, 6). Y de nuevo: Has dejado al Dios que te creó (Ibid., 18). Y en otro lugar: Hijos engendré y exalté: pero ellos me dejaron (Isai. I, 2). Y en el volumen de los Salmos: Los hijos extraños me mintieron: los hijos extraños envejecieron, y cojeaban de sus caminos (Ps. XVII, 46). Y de este único padre, al apartarse, hicieron muchos padres de sus vicios: Porque todo el que hace pecado, es nacido del diablo. Y lo que sigue: ¿Por qué desprecia cada uno de nosotros a su hermano, violando el pacto de nuestros padres, lo interpretaron así, diciendo: Nosotros, todos nacidos de un solo padre, debemos ser uno, y tener un solo lenguaje de confesión; pero después, por la soberbia y la edificación de la torre contra Dios, fuimos divididos en muchas lenguas y opiniones (Gen. XI). También lo refieren a la limosna, diciendo: Despreciamos a nuestros hermanos cuando no compartimos con ellos lo que Dios nos ha dado para sustentar la vida. Y pasan a afirmar que nuestro hermano, según las Escrituras, es llamado señor, quien mandó a María Magdalena que anunciara a sus hermanos que el Señor había resucitado (Juan XX), y habla en el Salmo: Contaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la Iglesia cantaré para ti (Ps. XXI, 23). Por lo tanto, los judíos abandonaron a su hermano, y profanaron el pacto de sus padres, que Dios había hecho con Abraham, Isaac y Jacob, para que en su simiente, que se interpreta como Cristo, fueran bendecidas todas las naciones. Estas cosas las sospechan de diversas maneras, porque no encuentran un camino cierto. Finalmente, también lo que sigue según los LXX: Judá ha sido abandonado, y se ha cometido abominación en Israel y en Jerusalén, lo explican así: Los judíos han sido abandonados porque blasfemaron contra el Señor Salvador, y han sufrido lo que está escrito: Según la multitud de sus iniquidades, expúlsalos, porque te irritaron, Señor (Ps. V, 11), para que vaguen y sean dispersados como fugitivos por todas las provincias. Porque profanaron las cosas santas del Señor, prefiriendo y encontrando para sí dioses extraños: Porque el que no recibe al Hijo, no recibe al Padre que lo envió (Luc. IX, 43). Y por eso, porque hicieron esto, perecerán hasta que se humillen, ya sea por la injuria de la cautividad, o por la conciencia de sus pecados: y serán expulsados de las tiendas de Jacob, para que, destruido el templo y el altar, no se ofrezcan sacrificios entre ellos [Al. bestias]. Y no contentos con esta explicación (porque Judá [] se interpreta como confesión del Señor) transfieren la inteligencia al penitente, quien después de haber confesado al Señor, si peca, hace abominación en Israel y en Jerusalén, en el sentido de ver a Dios, y en la visión de la paz. Porque contamina los misterios de Cristo, recibiendo indignamente su cuerpo y sangre (I Cor. XI), porque amó los vicios, y encontró para sí dioses extraños, teniendo según el número de sus pecados el número de sus dioses. Según el apóstol Pablo: El dios de los glotones es el vientre (Phil. III), y según Pedro [Al. Santiago]. A quien uno es vencido, a ese se somete (II Petr. II, 19). Y quien haga esto, será exterminado [Al. exterminado] de la Iglesia, y de las tiendas de Jacob, quien suplanta los vicios y pecados, hasta que se humille para su bien, y se ofrezca por él una víctima al Señor todopoderoso.

(Vers. 13 seqq.) Y esto de nuevo habéis hecho: cubristeis el altar del Señor con lágrimas, llanto y gemido, de modo que no miraré más al sacrificio, ni aceptaré algo placentero de vuestra mano. Y dijisteis: ¿por qué causa? Porque el Señor ha testificado entre ti y la esposa de tu juventud, a quien despreciaste: y ella es tu compañera y la esposa de tu pacto. ¿No hizo uno, y el resto de su espíritu es? ¿Y qué busca uno, sino la simiente de Dios? Guardad, pues, vuestro espíritu, y no desprecies a la esposa de tu juventud. Si la odias, despídela, dice el Señor Dios de Israel; pero la iniquidad cubrirá su vestimenta, dice el Señor de los ejércitos: guardad vuestro espíritu, y no la desprecies. LXX: Y esto que odiaba, habéis hecho:

cubristeis el altar del Señor con lágrimas, llanto y gemido, de modo que no miraré más al sacrificio digno de trabajo, ni aceptaré algo placentero de vuestras manos. Y dijisteis, ¿por qué? Porque el Señor ha testificado entre ti y la esposa de tu juventud, a quien dejaste, y ella es tu compañera y la esposa de tu pacto, y no otro hizo, y el resto de tu espíritu. Y dijisteis: ¿qué más busca Dios sino la simiente? Y guardad vuestro espíritu, y no dejéis a la esposa de tu juventud: pero si la odias y la despidas, dice el Señor Dios de Israel, la impiedad cubrirá tus pensamientos, dice el Señor omnipotente: y guardad vuestro espíritu, y no la dejéis.

Interpretemos la historia, y adaptando breves sentencias a cada versículo, discutamos lo que nos ha sido transmitido por los hebreos. Las esposas abandonadas de Israel, y viendo en los lechos de sus maridos a mujeres de otras naciones, recurrían solo a la ayuda de Dios, postradas día y noche ante el altar del Señor con lágrimas, gemidos y lamentos, provocaban la envidia de su providencia; que no miraba lo humano, y no ayudaba a las miserias. Por eso dice Dios, que no puede aceptar el sacrificio y la ofrenda de las manos de los sacerdotes que cometieron esto, impedido por el llanto y los lamentos de las esposas, y además les pregunta: ¿por qué no acepta el sacrificio de sus manos? e inmediatamente añade: Porque el Señor ha testificado entre ti y la esposa de tu juventud, a quien despreciaste, diciendo: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa, y serán dos en una sola carne (Génesis II, 24): y por eso se le llama compañera y esposa de la unión y del pacto, que fue hecha por Dios de la costilla del hombre. Y el resto de su espíritu, ya sea de Dios, como algunos piensan, o del marido, como otros sospechan, porque parece que de alguna manera una sola alma está en dos, unidos en espíritu, asociados en mente. Entonces, cuando uno hizo ambos, al hombre y a la mujer: por eso la unión de ambos fue hecha por Dios, para que nacieran hijos. Porque un solo Dios, ¿qué busca sino la simiente de Dios, es decir, hijos nacidos de la estirpe israelita? Entonces, teniendo esposas fecundas, y alegrándose con hijos, ¿por qué buscáis la belleza de las esposas, que es apta para las meretrices, no para las esposas? Por lo tanto, Dios ordena a través del profeta, y dice: Guardad vuestro espíritu; no os dejéis llevar por la lujuria, no os dejéis vencer por el amor de las extranjeras. Y no desprecies a la esposa de tu juventud, para que la que primero se unió a ti en matrimonio virginal, persevere hasta la vejez. Pero podría suceder que los príncipes, sacerdotes, levitas, el pueblo respondieran: Dios ordenó a través de Moisés, que si odiamos a nuestras esposas, las dejemos. Y debe leerse: Me dices que está escrito: Si odias a tu esposa, despídela, dice el Señor Dios de Israel (Deut. XXIV). E inmediatamente responde: esto fue ordenado en la Ley, pero por la dureza de vuestro corazón. Lo que el Señor prosigue más plenamente en el Evangelio: Pero cualquiera que, excepto por causa de fornicación, despida injustamente a su esposa (Mat. V, 52), la iniquidad cubrirá su vestimenta, es decir, el cuerpo con el que el alma está vestida, dice el Señor de los ejércitos: para que en lo que pecó, en eso sea castigado. Por lo tanto, resuelta esta pequeña cuestión, insiste y repite lo que dijo antes: Guardad vuestro espíritu, y no desprecies, ya sea la custodia de vuestro espíritu, o ciertamente a la esposa, si es pobre, o deforme. Lo que hemos expuesto especialmente según el libro de Esdras sobre las esposas abandonadas: otros piensan que esto se dijo en general contra aquellos que saquean lo ajeno, y reuniendo riquezas injustamente, se atreven a ofrecer dones a Dios, que dice que no puede recibir, impedido por las lágrimas de aquellos que han sido devastados, y el llanto y los gemidos, y que este lugar concuerda con aquel testimonio: Honra a Dios con tus justos trabajos (Prov, III, 9). Pero también insertan este sentido, aquellos que por la pérdida de bienes familiares, y la muerte de los hijos, y el naufragio, y otras cosas que pertenecen al daño de las cosas mundanas, se vuelven al llanto, y se entregan completamente al lamento y a los gemidos: y no desprecian todo con la fortaleza del ánimo, y la esperanza en Dios, y las recompensas futuras: aunque dirijan la oración a Dios, no es recibida por él, porque se desfiguran con llantos indecorosos e incongruentes para un hombre. Pero lo que sigue: Porque el Señor ha testificado entre ti y la esposa de tu juventud, o adolescencia a quien

despreciaste: y ella es tu compañera [Al. parte] y esposa de tu pacto, o testamento; y no otro hizo: y el resto de tu espíritu, lo interpretan así, que llaman a la esposa de la juventud la inteligencia natural, y la ley escrita en el corazón, que está implantada en todos los hombres. Por eso las naciones que no tienen la ley de Dios, hacen las cosas que son de la Ley. Y de esta esposa se predica en los Proverbios: A Dios se une la esposa al hombre (Prov. XIX, 24); y se nos ordena que bebamos de nuestras aguas y fuentes: y que nadie sea partícipe al beber, y que nos alegremos con la esposa de nuestra juventud. Esta esposa también impulsa a los creyentes a decir: Dios juzgue, y Dios vea (Jueces VII, 13): y permito que todo sea juzgado entre tú y yo, de la que también habla el Eclesiastés: Y vive la vida con la mujer que amaste todos los días de tu vanidad, que te han sido dados bajo el sol (Ecl. IX, 9). Esta esposa es el resto de nuestro espíritu, porque siempre está unida a nuestro sentido: que si se aleja de nosotros, inmediatamente ofendemos a Dios, y nuestra impiedad nos cubre. Por eso se repite: Guardad vuestro espíritu (Gál. VI), no la carne en la que los que están, no pueden agradar a Dios, no el alma: Porque el hombre animal no recibe las cosas que son del espíritu (I Cor. II, 14); sino el espíritu: porque el espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles (Rom. VIII, 16). (Vers. 17.) Hicisteis trabajar al Señor con vuestras palabras, y dijisteis: ¿en qué lo hicimos trabajar? En que decís: todo el que hace mal, es bueno a los ojos del Señor, y tales le agradan: o ciertamente, ¿dónde está el Dios del juicio? LXX: Que provocasteis al Señor con vuestras palabras: y dijisteis, ¿en qué te provocamos? En que decís, todo el que hace mal, es bueno a los ojos del Señor, y en estos se complace; y ¿dónde está el Dios de la justicia? Este lugar lo desarrolla más plenamente el salmo setenta y dos, cuyo principio es: ¡Cuán bueno es Dios para Israel, para los que son rectos de corazón! Pero mis pies casi se movieron: casi se deslizaron mis pasos: Porque tuve envidia de los inicuos, viendo la paz de los pecadores: Porque no hay respeto a su muerte, y firmeza en su plaga. No están en el trabajo de los hombres, y no serán azotados con los hombres (Sal. LXXII, 1 seqq). Y luego; y dije, entonces en vano he justificado mi corazón: y he lavado mis manos entre los inocentes. Entonces el pueblo regresó de Babilonia, y viendo a todas las naciones alrededor, y a los mismos sirvientes de los ídolos de Babilonia, abundar en riquezas, prosperar en cuerpos, poseer todo lo que se considera bueno en el mundo; y a sí mismos, que tienen el conocimiento de Dios, cubiertos de miseria, hambre, servidumbre, se escandalizan y dicen: No hay providencia en las cosas humanas, todo se lleva al azar incierto, y no se gobierna por el juicio de Dios, sino que más bien los males le agradan, y los bienes le desagradan: o ciertamente si Dios juzga todo, ¿dónde está su juicio justo y equitativo? Este tipo de cuestión la suscita diariamente la mente incrédula de los futuros a Dios, y cuando ve a los inicuos poderosos, a los santos humildes, aquellos abundar en todas las cosas, estos no tener ni siquiera lo necesario para el sustento; y a veces con oídos sordos y ojos ciegos, y en toda parte de los miembros deprimidos por úlceras e infirmitad, como se lee en el Evangelio (Luc. XVI) Lázaro, que ante las puertas del rico vestido de púrpura, deseaba con las migajas, que se arrojan de los restos de las mesas, sostener su alma necesitada; y al rico de tal ferocidad y crueldad, que no se compadece del hombre, cuya lengua de los perros se compadece, no entendiendo el tiempo del juicio, ni que los verdaderos bienes son aquellos que son perpetuos, dicen: Los malos le agradan, y ¿dónde está el Dios del juicio?

(Cap. III.---Vers. 1.) He aquí, yo envío [Al. enviaré] a mi ángel, y preparará el camino delante de mí: y de repente vendrá a su templo el Señor a quien buscáis, y el ángel del pacto a quien deseáis. LXX: He aquí, yo enviaré a mi ángel, y preparará el camino delante de mí: y de repente vendrá a su templo el Señor a quien buscáis, y el ángel de la justicia a quien deseáis. Esto lo interpretó el Señor en el Evangelio sobre Juan el Bautista, diciendo: Este es de quien está escrito; He aquí, yo envío a mi ángel delante de ti, y preparará tu camino delante de mí (Mat. XI, 10); y no usó las mismas palabras que tradujeron los intérpretes de

los LXX. También el evangelista Marcos, uniendo dos testimonios de Malaquías e Isaías bajo el discurso de un solo profeta, comenzó así: Principio del Evangelio de Jesucristo, como está escrito en el profeta Isaías: He aquí, yo envío a mi ángel delante de ti, que preparará tu camino (Mar. I, 2). Esto, aunque con otras palabras, lo leemos en Malaquías. Pero lo que sigue: Voz del que clama en el desierto, preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas (Isaías XL, 3), lo dice el profeta Isaías: e inmediatamente exponiendo ambos testimonios de quién se dice, dice: Fue, dice, Juan en el desierto, bautizando y predicando el bautismo de arrepentimiento, para el perdón de los pecados (Mar. I, 4). Pero también los evangelistas interpretaron la profecía de los profetas sobre Juan y aunque concuerdan en el sentido, difieren en las palabras. Porque en lugar de lo que los LXX tradujeron: Enderezad las sendas de nuestro Dios, Marcos y Lucas dijeron: Enderezad sus sendas. Pero Juan dijo: Dirigid, dice, el camino del Señor. De lo cual es evidente que los apóstoles, y los evangelistas, y el mismo Señor Salvador no siguen la autoridad de los intérpretes de los LXX, ya que teniendo conocimiento de la lengua hebrea, no lo necesitan; sino que traducen del hebreo lo que han leído: sin preocuparse por las sílabas y los puntos de las palabras; siempre que se transfiera la verdad de las sentencias. Lo cual hemos demostrado que hicieron en muchos lugares, y especialmente en ese libro que hemos titulado, sobre el mejor género de interpretar, aprobado con muchos testimonios a la vez. Por lo tanto, lo que se dice: He aquí, yo envío a mi ángel y preparará el camino delante de mí, se dice en persona de Cristo, que envió a Juan en el desierto de Judea a predicar el bautismo de arrepentimiento, para el perdón de los pecados. Pero lo que sigue: Y de repente vendrá a su templo el Señor a quien buscáis, y el ángel del pacto a quien deseáis, así habla de sí mismo como de otro, según la costumbre de las Escrituras. No hay duda de que este Señor es el Salvador, que es el Creador de todo, y se le llama ángel del pacto, y ángel del gran consejo. Otros, sin embargo, piensan que lo que se dice: He aquí, yo envío a mi ángel y preparará el camino delante de mí, se dice en persona del Padre: y lo que sigue: De repente vendrá a su templo el Señor a quien buscáis, y el ángel del pacto a quien deseáis, se entiende que fue dicho por él sobre el Señor Salvador. Juan prepara el camino, y endereza las sendas de nuestro Dios en los corazones de los creyentes, en los cuales, debido a la perversidad y la incredulidad, antes Dios no podía caminar. Interpretan el templo como la Iglesia, o cada uno de los creyentes en la Iglesia: Edificados como casas espirituales, sacerdocio santo: ofreciendo sacrificios espirituales, y aceptables a Dios por Cristo Jesús (I Pedro II, 5). A los que han creído: ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (I Cor. III, 16). Los judíos entienden lo que se dice: He aquí, yo envío a mi ángel, como dicho sobre el profeta Elías, y lo que sigue: De repente vendrá a su templo el Señor a quien buscáis; y el ángel del pacto a quien deseáis, lo refieren al ungido, es decir, a su Cristo, que dicen que vendrá en el último tiempo. Pero me sorprende cómo no les enseña la verdad el resultado de los hechos. Porque, ¿qué templo encontrará su Señor, que ha sido destruido hasta los cimientos, o si debe ser reconstruido por otro antes de que venga Cristo, qué más hará su Cristo, cuando todo haya sido restaurado por otro? Nuestro Señor en el Evangelio interpretando al profeta Elías como Juan el Bautista dice: Si queréis saber, él es Elías que ha de venir (Mat. XI, 14), de quien también escribe este mismo profeta que ahora hemos discutido, al final: He aquí, yo envío a vosotros al profeta Elías, antes de que venga el día del Señor grande y terrible (Infra IV, 5). Pero cómo Elías es Juan, nos dio el camino de la inteligencia, recordando que vino en virtud y espíritu de Elías.

(Vers. 2. seqq.) He aquí que viene, dice el Señor de los ejércitos, ¿y quién podrá pensar en el día de su venida? ¿Y quién podrá mantenerse en pie para verlo? Porque él es como fuego que refina, y como la hierba de los bataneros. Y se sentará refinando y purificando como [Vulg. omite como] la plata, y purificará a los hijos de Leví, y los colará como oro y como plata: y

serán para el Señor ofreciendo sacrificios en justicia. Y agrada al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalén, como en los días antiguos, y como en los años pasados. Y me acercaré a vosotros en juicio, y seré testigo rápido contra los hechiceros y los adúlteros, y los perjuros, y los que defraudan el salario del jornalero, las viudas y los huérfanos, y oprimen al extranjero: no me temieron, dice el Señor de los ejércitos. Porque yo soy el Señor, y no cambio. LXX: He aquí que vendrá [Al. viene], dice el Señor omnipotente, ¿y quién soportará el día de su entrada? ¿O quién podrá soportar verlo? Porque él entra como fuego de fundidor, y como la hierba de los lavadores: y se sentará refinando y purificando como la plata, y como el oro, y purificará a los hijos de Leví, y los fundirá como oro y como plata, y serán para el Señor ofreciendo ofrendas en justicia [Al. justicia]: y agrada al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalén, como en los días antiguos, y como en los años anteriores. Y me acercaré a vosotros en juicio, y seré testigo rápido contra los malhechores, y contra los adúlteros, y contra los que juran en mi nombre falsamente. Y los que defraudan el salario de los jornaleros, y oprimen con poder a las viudas, y golpean a los huérfanos y pervierten el juicio del extranjero, y que no me temen, dice el Señor omnipotente: porque yo soy el Señor vuestro Dios, y no cambio. Arriba leímos la cuestión planteada al Señor por aquellos que dicen: Todo el que hace el mal es bueno a los ojos del Señor, y tales le agradan, o ciertamente si le desagradan, ¿dónde está el Dios del juicio? es decir, ¿dónde está la verdad de la justicia? Para resolver esto, la palabra del Señor respondió: Enviaré a mi ángel, que preparará mi camino, y vendrá a su templo el dominador que buscáis, que es juez de la verdad, de quien se dice en el Salmo: Dios, da tu juicio al rey: y tu justicia al hijo del rey (Sal. LXXI, I). Porque el Padre no juzga a nadie; sino que todo juicio lo ha dado al Hijo (Juan V, 22). Y él es el ángel del pacto que buscáis, a quien no le agradan las malas acciones, que no hace acepción de personas en el juicio (Colos. III, 25), que no se cambia ni por misericordia ni por severidad: Porque el cáliz en la mano del Señor está lleno de vino puro mezclado, y ha inclinado de esto en esto (Sal. LXXIV, 9), es decir, la misericordia templó la justicia, y la justicia la misericordia. Este, por tanto, vendrá inmediatamente y rápidamente a su templo, es decir, a la Iglesia. ¿Y quién podrá pensar en el día de su venida? Si nadie puede pensar en la potencia de su majestad, ¿quién podrá soportarlo? ¿Y quién podrá mantenerse en pie para verlo, es decir, quién podrá contemplarlo con ojos débiles y cegados en su claridad, que es el sol de justicia, y en cuyas alas está la salud? Él vendrá como fuego que refina, y como la hierba de los bataneros (Inf. 2): Porque el fuego arderá ante él, y a su alrededor habrá una fuerte tormenta (Sal. XLIX). Entonces llamará al cielo desde arriba, y a la tierra para juzgar a su pueblo, ríos de fuego arrastrarán ante él, envolviendo a todos los pecadores. El Señor es llamado fuego, y fuego consumidor (Deut. IV), para quemar nuestra madera, heno y paja. Y no solo fuego; sino también la hierba de los bataneros, que en hebreo se llama BORITH () y los LXX traducen como πόαν, es decir, hierba de los bataneros. Él es para los que pecan gravemente, fuego que refina y consume: pero para los que cometen pecados leves, hierba de los bataneros, para que, lavados, se les restituya la limpieza, según lo que está escrito en Isaías: Lavará el Señor las inmundicias de los hijos e hijas de Sion, y limpiará la sangre de en medio de ellos, con espíritu de juicio y espíritu de ardor (Isaías IV, 4). Los que tienen inmundicias necesitan el espíritu de juicio, para ser lavados: los que están llenos de sangre, el espíritu de ardor, para que la sangre que está sobre ellos externamente sea quitada. Y se sentará refinando y purificando como la plata, para que según Ezequiel (Cap. XXII), todo lo que en nuestro oro y plata, es decir, en el sentido y elocuencia, está mezclado con cobre, estaño, hierro y plomo, sea purificado en el horno del Señor, para que permanezca oro puro y plata. Por eso el Señor en el Evangelio dice: Fuego vine a traer sobre la tierra, y cuánto [Al. que] deseo que arda (Luc. XII, 49); y purificará a los hijos de Leví. Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios (I Pedro IV, 17). Y en otro lugar está escrito: Comenzad por mis santos (Ezequiel IX, 6). En los hijos de Leví: entiende toda dignidad sacerdotal. Si los sacerdotes

deben ser purificados y colados, para que permanezca oro puro y plata, ¿qué se debe decir de los demás? Cuando hayan sido purificados y colados, entonces ofrecerán al Señor sacrificios justos, y agrada su sacrificio, que ofrecen por Judá y Jerusalén, es decir, por aquellos que confiesan al Señor, y contemplan su paz con la mente, como los días antiguos, y como los años pasados; para que como al principio agradaron a Dios, así después del pecado y el arrepentimiento comiencen a agrada; cuando hayan sido purgados de toda inmundicia de pecados. Y me acercaré, dice, a vosotros en juicio, y seré testigo rápido. ¡Cuánto temor del juicio, cuando él mismo es testigo y juez! Es testigo contra todos los malhechores y adúlteros, pues estos crímenes se cometen en secreto, y por eso se sacan a la luz, para que no permanezcan ocultos por mucho tiempo. Después de los malhechores se mencionan los adúlteros: después de los adúlteros, los perjuros: después de los perjuros, los que defraudan el salario del jornalero, y no quieren pagar por el trabajo realizado lo que deben. También a las viudas y a los huérfanos, se sobreentiende que los calumnian, y oprimen al extranjero y al forastero, o ciertamente al catecúmeno, que aún no ha sido hecho ciudadano en la ciudad de Cristo. Y si no han hecho todas estas cosas, les basta solo el crimen para el castigo, que no temieron al Señor. No pensemos, por tanto, que son pecados leves el perjurio, y no pagar al trabajador, y calumniar a la viuda y al huérfano, y oprimir al extranjero y al forastero: que se comparan con el maleficio, la hechicería y el adulterio. Entendemos esto tanto según la historia como según la tropología, para que lo que en ese tiempo se decía a los príncipes de los judíos, ahora se diga a los príncipes de las Iglesias: Y lo que sigue: Yo soy el Señor y no cambio, lo dice porque antes había dicho: él es como fuego que refina, y como la hierba de los bataneros, para que no pensemos que cambia la naturaleza de su divinidad, cuando por nosotros es llamado ángel, o fuego, o BORITH.

(Vers, 6.) Y vosotros, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos. Porque desde los días de vuestros padres os apartasteis de mis preceptos, y no los guardasteis. LXX: Y vosotros, hijos de Jacob, no os apartasteis de los pecados de vuestros padres, os apartasteis de mis preceptos, y no los guardasteis. Antes había dicho: Seré testigo rápido contra los malhechores, y los adúlteros, y los perjuros, y los que defraudan el salario del jornalero, las viudas y los huérfanos, y oprimen al extranjero, no me temieron, dice el Señor de los ejércitos. Y diciendo que es juez justo: que no hace acepción de personas en el juicio, añadió: Yo soy el Señor y no cambio. Y el sentido es: Vosotros por maleficios, y adulterios, y perjurios, y calumnias, y violencia os cambiáis diariamente, yo en el juicio no me cambio por ninguna variedad de personas. Y aunque me confiese severo y justo juez, oh hijos de Jacob: sin embargo, no habéis sido consumidos por la diversidad de tormentos, según lo que está escrito en Jeremías: En vano herí a vuestros hijos, no recibisteis disciplina (Jer. II, 30): ni esto lo hacéis recientemente, ni una sola vez, para que merezcáis el perdón del error, sino que tenéis una impiedad hereditaria, apartándoos desde los días de vuestros padres de mis preceptos, y no guardando lo que mandé. Pero entendamos a los hijos de Jacob según la ἀναγωγὴν del suplantador, y del hermano que arrebató la primogenitura, que no se apartan de los pecados de sus padres, y se apartan de los preceptos, y no guardan lo que se les ha mandado, como aquellos que estando en la Iglesia no se apartan de los vicios, y se asumen falsamente el nombre de la religión cristiana.

(Vers. 7 seqq.) Revertíos a mí, y yo me volveré a vosotros, dice el Señor de los ejércitos. Y dijisteis, ¿en qué nos volveremos? ¿Acaso el hombre aflige a Dios, porque vosotros me afligís? Y dijisteis: ¿En qué te hemos afligido? En los diezmos y primicias. En penuria estáis malditos, y me afligís, toda la nación. Traed todos los diezmos al granero, y haya alimento en mi casa, y probadme en esto, dice el Señor: si no abro para vosotros las cataratas del cielo, y derramo sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. Y reprenderé por vosotros al

devorador, y no corromperá el fruto de vuestra tierra, ni será estéril la vid en el campo, dice el Señor de los ejércitos. Y todas las naciones os llamarán bienaventurados: porque seréis tierra deseable, dice el Señor de los ejércitos.

LXX: Revertíos a mí, y yo me volveré a vosotros, dice el Señor omnipotente. Y dijisteis, ¿en qué nos volveremos? ¿Acaso el hombre suplanta a Dios, porque vosotros me habéis suplantado? Y dijisteis: ¿en qué te hemos suplantado? porque los diezmos y primicias están con vosotros, y vosotros viendo miráis, y me suplantáis: el año se ha cumplido, y habéis traído frutos a los tesoros, y habrá saqueo en vuestras casas. Revertíos pues en esto, dice el Señor omnipotente: Si no abro para vosotros las cataratas del cielo, y derramo sobre vosotros mi bendición hasta que baste, y os reparto alimentos, y no destruiré el fruto de vuestra tierra, y no se debilitará vuestra vid en el campo, dice el Señor omnipotente: y todas las naciones os llamarán bienaventurados, porque seréis tierra voluntaria, dice el Señor omnipotente.

Y al principio dijimos que el profeta Malaquías debe entenderse como Esdras el sacerdote; y todo lo que se escribe en su historia, también se contiene en este volumen: y ahora decimos que en sus tiempos y en los de Nehemías (quienes es evidente que vivieron juntos) hubo una hambruna gravísima, y debido a la hambruna hubo sedición, y los pobres, impulsados por la necesidad, vendieron a sus hijos e hijas, y toda su posesión y sustancia. Finalmente dicen: Nuestros hijos e hijas son demasiados, tomemos por su precio grano, y comamos y vivamos. Y había quienes decían: Pongamos nuestros campos y viñas, y nuestras casas, y tomemos grano en la hambruna. Y me enojé, dice Esdras, mucho cuando escuché su clamor según estas palabras: y mi corazón pensó dentro de mí, y reprendí a los nobles y magistrados, y lo demás: En tiempo de hambruna, el grano era tan caro, que se veían obligados a vender a sus hijos, y aquellos que tenían poco, y quienes habían acumulado muchas cosechas en los graneros, no querían devolver los diezmos a los levitas, quienes no tenían parte en la herencia de Judá; sino que las primicias y diezmos eran su herencia. Para que no se piense que esto es nuestro, pongamos el testimonio de Esdras: Y yo supe, dice, que no se habían dado las porciones de los levitas, y cada uno había huido a su región de los levitas, y de los cantores, y de los que servían: y pleiteé contra los magistrados, y dije: ¿Por qué hemos abandonado la casa de Dios? Y los reuní, y los hice estar en sus puestos. Y todo Judá traía los diezmos del grano, vino y aceite a los graneros, y pusimos sobre los graneros a Selemías el sacerdote, y a Sadoc el escriba, y lo demás.

Escuchamos la historia de Esdras, ahora repitamos las palabras del profeta, observando más diligentemente si la profecía y la historia concuerdan. Cuando se dice: Revertíos a mí, y yo me volveré a vosotros, dice el Señor omnipotente, a quienes exhorta a regresar, es evidente que se han alejado del Señor. Y ve la clemencia del Señor, promete par por par, para que con la medida que midan, se les mida a ellos. Y como está escrito en Levítico: Si andáis conmigo perversamente, yo también andaré contra vosotros con furia perversa. Así también ahora exhorta al pueblo a regresar, para que él también regrese a ellos. Quienes no entendiendo que se han alejado del Señor, preguntan impudicamente: ¿En qué nos volveremos? Y dicen: ¿Cuándo nos alejamos, para que merezcamos ser obligados a regresar? El Señor respondió: ¿Acaso el hombre aflige a Dios, porque vosotros me afligís? La palabra hebrea, que se escribe HAJECBA, los LXX interpretaron como si suplanta: por lo cual Aquila, Symmachus y Theodotion pusieron, si defrauda, para que el sentido sea: ¿Acaso el hombre defrauda a Dios, porque vosotros me defraudáis? Y en verdad, según el orden de la historia, porque el pueblo no devolvía los diezmos y primicias a los levitas, el Señor dice que él mismo sufre el fraude, cuyos ministros, obligados por el hambre y la penuria, han abandonado el templo. Pues si a través de otros es visitado en la cárcel, y el enfermo es recibido, y el hambriento y

sediento recibe alimento y bebida, ¿por qué no ha de recibir él mismo los diezmos en sus ministros, y si no se dan, él mismo se ve privado de su parte?

Esto que dijimos de HAJECBA, en la lengua de los sirios y caldeos se interpreta como si aflige: por lo cual hace muchos años lo traducimos así, más refiriéndonos al misterio de la pasión del Señor, en la cual los hombres crucificaron a Dios, que a los diezmos y primicias (con los cuales es visitado en la cárcel, y el enfermo es recibido, y el hambriento y sediento recibe alimento y bebida) refiriendo lo escrito. Que el lector prudente indague cómo nuestra interpretación concuerda con lo que sigue: En los diezmos y primicias, y vea si podemos decir esto: Para que me crucificaseis: para que pusieseis manos criminales en vuestro Dios, lo hicisteis con la meditación de muchas cosas anteriores, sustrayendo los diezmos y primicias, no digo a mis sacerdotes y levitas, sino a mí, quien ordené darlas por Moisés. Esto sobre una palabra lo hemos dicho, dejando al juicio del lector la interpretación; ahora sigamos el orden de la profecía.

Porque no me devolvisteis los diezmos y primicias, por eso en hambre y penuria estáis malditos, y me suplantáis, o defraudáis y priváis, toda la nación. Por nación, que en hebreo se escribe AGGOI, los Setenta interpretaron año por nación. Y el sentido es: He aquí que el año se ha cumplido, y nada habéis traído a mis tesoros, sino que lo habéis acumulado en vuestros graneros: Y por los diezmos y primicias, que eran pequeñas si se os dieran, habéis perdido la fertilidad de vuestras posesiones y toda la abundancia de frutos. Para que sepáis que esto se ha cumplido por mi ira, porque me defraudasteis de mi parte, os exhorto y amonesto a que traigáis los diezmos a los graneros, es decir, a los tesoros del templo, y que los sacerdotes y levitas, que me sirven, tengan alimentos: y probadme, si no derramo tantas lluvias, que se crea que las cataratas del cielo están abiertas. Y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. La palabra derramar indica generosidad. Pero puede suceder que, al regar los campos con lluvias, haya fertilidad; sin embargo, o la langosta o el pulgón, o el moho o el gusano destruyan, y los trabajos de los hombres perezcan; por eso añade y dice: Y reprenderé por vosotros al devorador, es decir, la langosta, y lo demás que dijimos: y no corromperá el fruto de vuestra tierra. La vid también llenará los lagares, y todas las naciones alrededor se maravillarán de la fertilidad de vuestra tierra, tanto que todos desearán habitar en ella, y con la abundancia de todas las cosas seréis ejemplo para todas las naciones.

Lo que dijimos de los diezmos y primicias, que antes se daban del pueblo a los sacerdotes y levitas, también lo entendéis en los pueblos de la Iglesia, a quienes se les ha mandado no solo dar diezmos y primicias; sino también vender todo lo que tienen, y darlo a los pobres, y seguir al Señor Salvador. Que si no queremos hacerlo, al menos imitemos los comienzos de los judíos, para que demos parte de todo a los pobres, y a los sacerdotes y levitas les demos el honor debido. Por eso dice también el Apóstol: Honra a las viudas que son verdaderamente viudas: y al presbítero se le debe honrar con doble honor, especialmente al que trabaja en la palabra y doctrina de Dios. Quien no lo haga, se le convence de defraudar y suplantar a Dios, y se le maldice en la penuria de todas las cosas: para que quien siembra escasamente, escasamente también coseche; y quien siembra en bendición, en bendiciones recoja abundantemente.

Si alguna vez el hambre y la penuria, y la escasez de todas las cosas oprimen al mundo: sepamos que esto descende de la ira de Dios, quien en los pobres, si no reciben limosna, dice que se le defrauda, y se le priva de su porción. Podemos interpretar los diezmos y primicias también así: Si alguien es docto y erudito en la Ley de Dios, puede instruir a los demás, no debe atribuirlo a su propia prudencia, ni al ingenio que posee: sino dar gracias primero a Dios, quien todo lo concede; luego a sus sacerdotes y maestros, de quienes ha sido instruido.

Pues si no da gracias, sino que se atribuye la ciencia a sí mismo, será maldecido en la penuria. Pero si entendiendo que Dios es el dador, y dando gracias a aquellos por quienes ha sido instruido por Dios, se humilla, y lleva alimentos al granero de Dios, es decir, los alimentos de la Sagrada Escritura los ministra a los pueblos en la Iglesia: inmediatamente se abrirán sobre él las cataratas del cielo, y se derramará la lluvia espiritual, y Dios mandará a sus nubes que lluevan sobre él, y disfrutará de la abundancia de todas las cosas, y también reprenderá por él al devorador, es decir, las fuerzas contrarias, y su trabajo dará fruto, y alcanzará lo que está escrito: Bienaventurado el que habla en los oídos de los que escuchan. También levantará sus ojos, y verá los campos, porque ya están blancos para la siega: y recogerá frutos para la vida eterna. Ni será estéril la vid en su campo, aquel que dice en el Evangelio: Yo soy la vid. Y quien habla por el profeta: Yo te planté como una vid fructífera, toda verdadera; y alcanzará tanta bienaventuranza (por la confesión de humildad, y la acción de gracias a Dios, y a los maestros de su Iglesia) que todas las naciones lo llamarán bienaventurado, y desearán habitar en su tierra y doctrina, quienes lo hayan escuchado disputando en la Iglesia.

(Vers. 13, seqq.) Han prevalecido sobre mí vuestras palabras, dice el Señor, y dijisteis: ¿qué hemos hablado contra ti? Dijisteis, vano es servir a Dios, y ¿qué provecho hay, porque guardamos sus preceptos, y porque anduvimos tristes ante el Señor de los ejércitos? Ahora pues llamamos bienaventurados a los arrogantes, ya que se edificaron los que hacen impiedad: y tentaron a Dios, y fueron salvos.

LXX: Habéis agravado sobre mí vuestras palabras, dice el Señor. Y dijisteis, ¿en qué hemos hablado contra ti? Y dijisteis, vano es servir a Dios: y ¿qué más, porque guardamos sus mandamientos, y porque anduvimos suplicantes ante la faz del Señor omnipotente? Y ahora llamamos bienaventurados a los extraños, y se edifican todos los que hacen iniquidad, y resistieron a Dios, y fueron salvos.

Antes había dicho: Hicisteis trabajar al Señor con vuestras palabras, y dijisteis, ¿en qué lo hicimos trabajar? En que decíais: Todo el que hace mal, es bueno ante los ojos del Señor, y tales le agradan: o ciertamente, ¿dónde está el Dios del juicio? ahora repite lo mismo más plenamente: Pues el pueblo que había regresado de Babilonia parecía tener conocimiento de Dios, y observar la ley, y entender su pecado, y ofrecer víctimas por el pecado, devolver los diezmos, observar el sábado, y lo demás que está mandado por la Ley de Dios, viendo a todas las naciones alrededor abundar en todas las cosas, y a sí mismo en penuria, hambre y miseria, se escandalizaba de todo, y decía: ¿De qué me sirve, porque adoro al único y verdadero Dios, abomino los ídolos, y compungido por la conciencia de mis delitos, ando triste ante Dios? Este lugar, como dijimos antes, el salmo setenta y dos lo prosigue más plenamente y extensamente. Por eso el profeta, que es médico espiritual, cura todas las heridas, y atestigua que las palabras de blasfemia recaen sobre el Creador, y dice en persona de Dios: Han prevalecido sobre mí vuestras palabras, o se han agravado: pues según Zacarías, la iniquidad se sienta sobre un talento de plomo: y lo que se dice contra Dios, se deprime con el peso de la blasfemia. Quienes no entienden las palabras gravísimas, y su blasfemia, preguntan, ¿qué hemos hablado contra ti? A quienes responde el Señor: Dijisteis: Vano es servir a Dios, y ¿qué provecho hay, porque guardamos sus preceptos? En este siglo presente exigen recompensa por el servicio a Dios, por eso no la reciben. Y porque anduvimos tristes ante el Señor, según lo que está escrito en los Salmos: Todo el día anduve triste. Por tanto llamamos bienaventurados a los arrogantes, que se enorgullecen contra Dios, y lanzan palabras impías de blasfemia. Pues se edificaron, y después de sus crímenes y blasfemias disfrutaron de todas las prosperidades. Tentaron a Dios, o resistieron a Dios, y fueron salvos. Crean que la salvación es la felicidad de este siglo presente: y por eso se engañan con errores. Esto

también podemos entenderlo de los herejes Marción y Valentino, y los demás, que no aceptan el Antiguo Testamento, y hablan contra el Creador del mundo, que prosperan en su impiedad, y tienen muchos compañeros de crimen: a quienes escandalizados, quienes perseveran en la Iglesia, e ignorando las causas del juicio de Dios, tejen las palabras del profeta.

(Vers. 16.) Entonces hablaron los que temen a Dios, cada uno con su prójimo. LXX: Estas cosas hablaron, los que temen al Señor, cada uno a su prójimo. Según los hebreos, debe entenderse así: mientras aquellos blasfemaban del juicio de Dios, los que temen a Dios hablaron entre sí, que la retribución de los bienes o males, no es en este siglo presente y breve, sino en el futuro y eterno; y que el hombre no puede conocer los juicios de Dios, y disputar sobre su equidad y justicia; y lo demás que debe hablar el justo con el justo. Ni dijo, qué hablaron; pero de lo que añadió: Entonces hablaron los que temen a Dios, cada uno con su prójimo, debemos entender que hablaron los que temen a Dios, lo que se contiene en las voces de todas las Escrituras. Según los LXX, debe leerse con énfasis y voz baja, para que digamos: Estas cosas hablaron, los que temen al Señor, cada uno a su prójimo: esto es, quienes jactan vanamente y dicen, ¿qué provecho hay, porque guardamos sus preceptos, y anduvimos tristes ante el Señor? Pues si temieran al Señor, no dirían estas cosas.

(Vers. 17, 18.) Y atendió el Señor, y escuchó, y fue escrito un libro de memoria ante él para los que temen al Señor, y piensan en su nombre. Y serán para mí, dice el Señor de los ejércitos, en el día que yo hago, en posesión, y los perdonaré, como perdona un hombre a su hijo que le sirve. Y os convertiréis, y veréis la diferencia entre el justo y el impío: y entre el que sirve a Dios, y el que no le sirve.

LXX: Y atendió el Señor, y escuchó, y escribió un libro de memoria en su presencia para los que temen al Señor, y reverencian su nombre. Y serán para mí, dice el Señor omnipotente, en el día que yo hago, en adquisición, y los elegiré como elige un hombre a su hijo que le sirve: y os convertiréis, y veréis la diferencia entre el justo y el iniquo, y entre el que sirve a Dios, y el que no le sirve.

Estas cosas, mientras los justos hablaban, y temían a Dios, cada uno con su prójimo, quienes no quisieron ni escuchar ni decir palabras de blasfemia, atendió el Señor y escuchó, y fue escrito un libro de memoria ante él, para los que temen y piensan en su nombre: para que cuando venga el día del juicio, pague a los blasfemos con penas, y a los que temen con premios. El libro escrito es del que leemos en Daniel: Fueron puestos tronos, y se abrieron libros. Y serán para el Señor de los ejércitos en posesión los que temen al Señor, en el día que llegue el tiempo del juicio. Por posesión en hebreo se lee SGOLLA, que Aquila interpretó como periousion, y los demás como peripoiesin. Los que temen al Señor, que hablaron con su prójimo, y respondieron a las palabras de blasfemia, serán en el día del juicio en posesión, y se les perdonará: porque todo hombre está bajo pecado. O los elegiré, como suele elegir un hombre a su hijo que le sirve. En lo cual hay un doble afecto, de piedad hacia el hijo, y de servidumbre hacia el siervo. Y entonces quienes ahora blasfemáis y decís: ¿Qué provecho hay, porque guardamos sus preceptos, y anduvimos tristes ante el Señor? por la elección y bienaventuranza de ellos, y vuestra miseria conoceréis, y convertidos en penitencia, veréis la diferencia entre el justo y el impío, y entre el que sirve a Dios, y el que no le sirve.

(Cap. IV.---Vers. 1 seqq.) Porque he aquí que viene el día, ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen impiedad serán como paja: y el día que viene los abrasará, dice el Señor de los ejércitos, que no les dejará ni raíz ni rama. Mas para vosotros, los que teméis mi nombre, se levantará el sol de justicia, y en sus alas traerá salud, y saldréis

y saltaréis como becerros de la manada. Y hollaréis a los impíos, que serán ceniza bajo la planta de vuestros pies, en el día en que yo actúe, dice el Señor de los ejércitos. LXX: Porque he aquí que viene el día ardiente como un horno, y los quemará, y todos los extranjeros y todos los que hacen iniquidad serán como paja: el día que viene los encenderá, dice el Señor todopoderoso, y no quedará en ellos ni raíz ni rama. Mas para vosotros, los que teméis mi nombre, se levantará el sol de justicia, y en sus alas traerá salud, y saldréis y saltaréis como becerros liberados de las ataduras, y pisotearéis a los inicuos, que serán ceniza bajo [o entre] vuestros pies, en el día en que yo actúe, dice el Señor todopoderoso. Porque los impíos me han hecho trabajar con sus palabras, y dijeron: Todo el que hace mal es bueno a los ojos del Señor, y tales le agradan: y, vano es servir a Dios: y, ¿qué ganancia hay en guardar sus mandamientos y andar tristes ante el Señor de los ejércitos (Sab. II, al final)? Y contra sus palabras temerarias hablaron los que temen a Dios, y cada uno con su prójimo discutieron lo que concierne al temor de Dios: el Señor atendió y escuchó, y se escribió un libro de memoria para los que temen al Señor y piensan en su nombre, y cuando venga el día, promete tenerlos como posesión especial, y perdonarles como un hombre perdona a su hijo que le sirve, y lo inculca más plenamente, y dice: He aquí que viene el día, es decir, el día del juicio, que será luz para los santos y tinieblas para los pecadores; y ese día será ardiente como un horno, para que todos los impíos se conviertan en paja, y sean quemados por los ardores del horno. Y cuando los haya encendido y consumido, no dejará en ellos ninguna raíz ni germen de maldad. Esto es lo que los impíos sufrirán en el día del juicio. Por el contrario, se dice lo que sucederá a los que temen el nombre de Dios: Y se levantará para vosotros, los que teméis mi nombre, el sol de justicia: que [o porque] juzgará todas las cosas verdaderamente: y no permitirá que ni lo bueno ni lo malo, ni las virtudes ni los vicios queden ocultos. Y habrá salud en sus alas, para que lleve sanados por la penitencia sobre sus hombros, según lo que está escrito en el Deuteronomio: Extendiendo sus alas los tomó, y los llevó sobre sus hombros (Deut. XXII, 11). Entonces saldrán los que ahora están encerrados en el mundo como en una cárcel, y saltarán como becerros de la manada, o como becerros liberados de las ataduras. De donde el Apóstol dice: Deseo partir y estar con Cristo (Filip. I, 23), para que salga y salte como un becerro liberado de las ataduras, y como víctima del Señor. Y no está contento con este fin de alegría; sino que pisoteará a los impíos, cuando sean ceniza. De donde también se hace una imprecación a los justos: Dios aplastará [o aplastará] a Satanás bajo vuestros pies rápidamente (Rom. XVI, 20). Abraham habló al Señor, sintiéndose ceniza en comparación con la majestad divina: Soy tierra y ceniza (Gén. XVIII, 27); y por eso verá el sol de justicia, y descansará entre sus cleros, y siendo llevado por él será elevado a los cielos. Pero el que por soberbia dijo: Pondré mi trono sobre las estrellas, seré semejante al Altísimo (Isa. XIV, 13), será llevado a la tierra, y será como ceniza bajo los pies de los santos, cuando venga el día del Señor que juzga.

(Vers. 4.) Acordaos de la ley de Moisés, mi siervo, que le mandé en Horeb, para todo Israel, con preceptos y juicios. LXX de manera similar. Justa será la retribución de los méritos en el futuro, cuando la llama devoradora consume y queme la raíz y el germen de los soberbios, y para los que temen al Señor se levantará el sol de justicia, y salud en sus alas. Por tanto, acordaos de la ley de Moisés, mi siervo, que le di en el monte Horeb, que es Sinaí, para todo Israel, con preceptos y juicios. Diciendo el Apóstol: Sabemos que la ley es espiritual (Rom. VII, 14); y el bienaventurado David: Revela mis ojos, y contemplaré las maravillas de tu ley (Sal. CXVIII, 18); y porque todos comían espiritualmente el maná celestial, y todo el pueblo de Israel bebía de la misma roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo. (I Cor. X, 3, 4): los que creen en Cristo deben guardar espiritualmente los preceptos de la ley, que dio en OREB (), que se interpreta como sequedad, por la cual se seca la humedad de todos los vicios, y al sol de justicia, se seca el reuma de la lujuria. Habló el Señor a todo Israel, que con

el sentido percibe a Dios, y de quienes se dice en el Evangelio: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8).

(Vers. 5, 6.) He aquí que yo os envío al profeta Elías, antes de que venga el día del Señor, grande y terrible: y convertirá el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia sus padres: no sea que venga y hiera la tierra con anatema. LXX: He aquí que yo os envío a Elías el Tesbita, antes de que venga el día del Señor, grande e ilustre: que convertirá el corazón del padre hacia el hijo, y el corazón del hombre hacia su prójimo; no sea que viniendo hiera la tierra completamente. Después de Moisés (cuyos mandamientos hemos enseñado que deben ser guardados espiritualmente) dice que será enviado Elías: en Moisés, la Ley, en Elías, la profecía, significando, diciendo Abraham a cierto rico vestido de púrpura: Tienen a Moisés y a los profetas, que los escuchen (Luc. XVI, 29). Y el Señor y Salvador transfigurado en el monte, tenía hablando con él a Moisés y a Elías con vestiduras blancas, que le decían lo que iba a padecer en Jerusalén (Mar. IX): Porque la Ley y todo el coro de los profetas predicán la pasión de Cristo. Por tanto, antes de que venga el día del juicio, y el Señor hiera la tierra con anatema, o completamente, o de repente, como tradujeron los LXX: esto significa ἀρδῆν, enviará el Señor en Elías (que se interpreta como mi Dios, y es de la ciudad de Tesbi, que significa conversión y penitencia) todo el coro de los profetas, que convertirá el corazón de los padres hacia los hijos, a saber, Abraham, Isaac y Jacob, y todos los patriarcas, para que sus descendientes crean en el Señor Salvador, en quien también ellos creyeron: Porque Abraham vio el día del Señor, y se alegró (Juan VIII, 56): o el corazón del padre hacia el hijo, es decir, el corazón de Dios hacia todo aquel que ha recibido el espíritu de adopción. Y el corazón de los hijos hacia sus padres, para que judíos y cristianos, que ahora discrepan entre sí, consientan en la misma religión en Cristo. De donde se dice a los apóstoles, que sembraron el Evangelio en todo el mundo: Por tus padres nacieron para ti hijos (Sal. XLIV, 17). Porque si Elías no convierte antes el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia sus padres, cuando venga el día grande y terrible (grande para los santos, terrible para los pecadores), el verdadero y justo juez herirá, no el cielo, ni a los que están en el cielo; sino la tierra con anatema, los que hacen obras terrenales. Los judíos, y los herejes judaizantes antes de su ἡλειμμένον piensan que Elías vendrá, y restaurará todo. De donde también a Cristo en el Evangelio se le propone la cuestión: ¿Qué es lo que dicen los fariseos, que Elías ha de venir? A los cuales él respondió: Elías ciertamente vendrá, y si creéis, ya ha venido (Mar. IX, 10, 12), entendiendo a Juan en Elías.